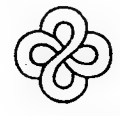
EDUARDO DE ORY

AMADO NERVO

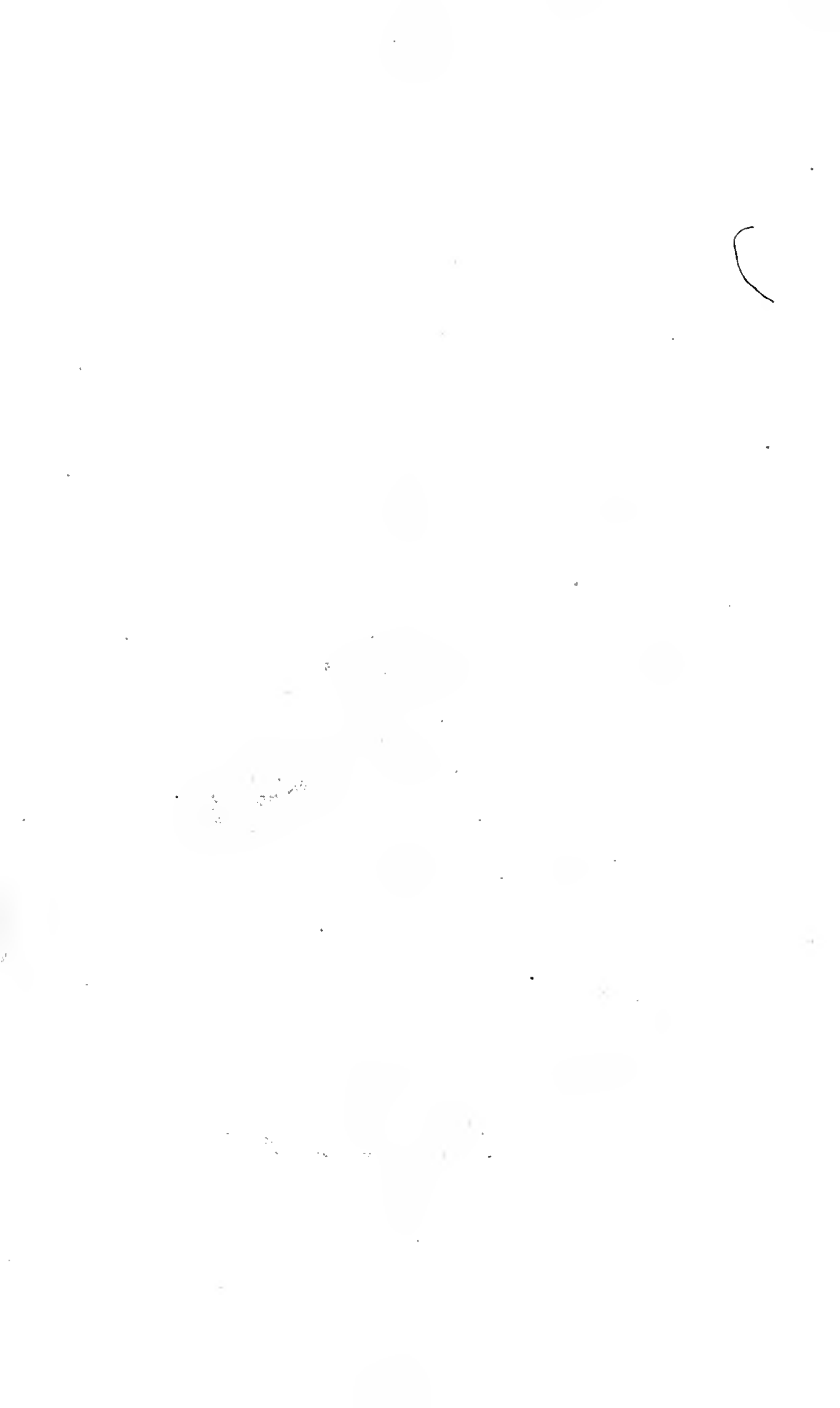
(ESTUDIO CRÍTICO)



CÁDIZ

—

Ed. «España y América»





Amado Nervo.

AMADO NERVO

EDUARDO DE ORY

MADO NERVO

(ESTUDIO CRÍTICO)



CÁDIZ

—

ED. «ESPAÑA Y AMÉRICA»

Vea-Murguía, 8.

TIP. COMERCIAL.—Antonio López, 6.—Cádiz.

Autobiografía

¿Versos autobiográficos? Ahí están mis canciones,
allí están mis poemas... Yo, como las naciones
venturosas y a ejemplo de la mujer honrada,
no tengo historia: ¡nunca me ha sucedido nada,
oh noble amiga ignota, que pudiera contarte!

Allá en mis años mozos adiviné del Arte
la armonía y el ritmo, caros al musageta,
¡y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta!

—¿Y después?
—He sufrido como todos, y he amado.
—¿Mucho?
—Lo suficiente para ser perdonado.

Amado Nervo



Amado Nervo.



I

México ha sido siempre uno de los países americanos más pródigo en grandes poetas. Tuvo uno que, por si solo, ya valía por muchos centenares y por muchos miles de rimadores. Me refiero a Manuel Gutiérrez Nájera, aquel célebre «preciosista» del verso, que murió relativamente joven y que hizo famoso el seudónimo de «El Duque Job». ¿Quien no recuerda, en verdad, a aquel excelso estilista? El venerable e inolvidable lírico, también mexicano, D. Justo Sierra, al hablar de él, en el prólogo de las «Poesías Completas» de Gutiérrez Nájera (Librería de la Viuda de Ch. Bouret.—Paris, 1905) decía: «Se hizo popular entre la sociedad inteligente y la sociedad de los salones, el seudónimo de «El Duque Job» que iba tan bien a su modestia y a su nobleza literaria, y que concertaba tanto con la conciencia que había en los dos grupos sociales, que el unía con inimitable donaire de que aquel joven escritor era realmente un príncipe del

país azul de la fantasía, un mago que pintaba en abanicos de encaje y sedas figuras y paisajes deliciosos, rodeados de infinito y de ensueño».

¡Cuantas veces al leer este párrafo he recordado al que pudiéramos llamar «el sucesor espiritual» de Gutiérrez Nájera: Amado Nervo! Y no quiero decir con esto que Nervo sea un imitador de aquel genial artista del verso y de la prosa. Tiene Nervo sobrada personalidad literaria y estilo propio para confundírsele fácilmente. Si de algún poeta contemporáneo puede decirse, sin temor a equivocaciones, que cultiva su «yo» con verdadera independencia, de nadie mejor que de este artífice del verso, íntimo, dulce, delicado... o más propiamente dicho, en lenguaje del inmortal Rubén Darío—quien fué su compañero inseparable en una época de su vida, cuando ambos residían en París—«sentimental, sensible, sensitivo»...

Y ha venido a mi memoria siempre el nombre de Nervo, al leer el párrafo transcrito referente a «El Duque Job», porque de Nervo también pudiera decirse que es «un príncipe del país azul de la fantasía, un mago que junta en abanicos de encajes y seda figuras y paisajes deliciosos, rodeados de infinito y de ensueño...».

Si; un príncipe del país azul de la fantasía... ¿No se ha convenido ya que los poetas son príncipes? Pedro César Dominici, el preclaro prosador venezolano, autor de infinitas obras de belleza, decía en cierta ocasión, al hablar de un libro de versos del

que escribe estas líneas: «El poeta es príncipe, y debe, con ademán aristocrático, escoger las perlas dignas de su inspiración, y vestir con traje nuevo las perpétuas formas del estro. Y que labore con amor el oro que guarda su arca, tratando de superarse en cada nuevo libro. He ahí el camino del triunfo».

Pues eso, precisamente, ha hecho Amado Nervo y por eso ha triunfado. Ha escogido las perlas de su inspiración, de su alto númen, y las ha vestido con riquísimo traje. Ha laborado con amor el oro de su arca y se ha superado en cada nueva obra. Dijérase que para él escribió el ilustre Dominici, también, el párrafo citado.

Y volviendo al «Duque Job» debo decir que hallo, así mismo, en Nervo ciertas cualidades que eran en aquel innatas y loables: la aristocracia del estilo, lo escogido de los pensamientos, la novedad en el desarrollo de todos los temas, la riqueza de la rima, los matices, en fin, que daba al verso, que lo hacía inconfundible. Todo esto, que he hallado en «El Duque Job» siempre que he leido y releido sus obras completas, he hallado al leer las de Amado Nervo; y, a pesar de esto, confieso que si este posee aquellas cualidades no es porque haya tratado de imitarlas, que no puede imitarse lo que nace del propio espíritu y de la propia inspiración. Y es acaso esto porque Gutiérrez Nájera y Nervo, han sido, a mi modo de ver, los dos poetas más profundamente originales que ha tenido México en los fines del siglo XIX.

Pero antes de seguir adelante, hablemos de los comienzos literarios de Nervo, o mejor, dejemos hablar a un escritor mexicano, Esteban Flores, que en una semblanza dedicada a aquel, en «El Independiente» de México (5 de Mayo de 1913) decía: «Allá por el año de 1892 comenzaron a aparecer en un diario de Mazatlán, Sinaloa, algunos versos suscritos con este raro y desconocido nombre: Amado Nervo. (1) No valían gran cosa como obra poética, pero había en su vaguedad melancólica, en la fácil estructura de las estrofas, cierta originalidad que llamó la atención y la curiosidad provinciana se dió a buscar al autor y encontró en el bufete de un abogado muy conocido en aquel Estado a quien tales cosas forjaba y escribía. Era un joven de mediana estatura, con grandes ojos de iluminado, que acababa de llegar de Tepic en busca de fortuna y que no hallando otra ocupación mejor había aceptado el modesto empleo de escribiente. Probablemente en ese tiempo no pensaba Nervo en seguir la carrera de las letras, para la que reveló después tan grandes facultades. Sus aspiraciones, todavía indeterminadas, y el medio, deben haberle inclinado a procurar en el comercio, campo a sus juveniles actividades y si en vez de encontrar abiertas las puertas del bufete del abogado, encuentra la de cualquiera de los grandes almacenes mazatlecos,

(1) El apellido de sus antepasados (oriundos de Málaga) era Ruiz de Nervo; pero ya su abuelo firmaba Francisco R. Nervo y su padre suprimió la *erre* y firmó Amado Nervo.

las letras nacionales no contarían ahora con su bagaje de libros».

Su primera obra poética titúlase «Poemas» y forma un volúmen de 190 páginas, editado por la casa Bouret de París en 1901. La primera parte del libro, que lleva por epígrafe «Poemas breves» comprende los escritos en su primera época literaria (1894-1900) y consta de 20 poesías; la segunda parte, «Policromías», de 5; la tercera, «Lubricidades tristes» (1896) de 2; la cuarta «De aquellos tiempos» (1894-1895) de 7; la quinta, «La Raza Muerta» (1896) de 2; la sexta, «La Tristeza del converso» (1900) de 4; la séptima, «Instrumentaciones», (1900-1901) de 5. Después viene «Implacable» (1895), «Trilogía» (1898), «El Prisma roto» (1898) y «La Hermana Agua» (1901) que es, a nuestro juicio, el mejor poema del libro, digno broche con que se cierra tan precioso breviario lírico.

En los «Poemas breves», primera parte de la obra, hay esta bella «evocación femenina», acaso la misma que más adelante aparece en otros lindos versos:

Como olvidar la cauda de sus cabellos blondos!
como olvidar su frente nevada y misteriosa!
como olvidar sus ojos tan tristes y tan hondos,
que siempre parecían pensar en otra cosa...!
Como olvidar lo inmenso de su melancolía!
La vida no le daba más que nostalgia y ceños:
—«Yo soy la desterrada perenne, me decía,
mi patria es un planeta que miro mucho en sueños».

«Como olvidar lo inmenso de su melancolía»—

exclama el poeta y parece una pesadilla, que le atormenta, el recuerdo de la dulce amada, a la que llamó—¿como no había de llamarla así?—la Hermana Melancolía. Pocas páginas después de los versos que acabais de leer, aparecen estos otros, donde flota la misma imagen soñada:

«En un convento vivía
una monja que pasaba
por santa y que se llamaba
la hermana Melancolía:
fruto de savia tardía
que olvidó la primavera,
su rostro de lirio era
y sus pupilas umbrosas
dos nocturnas mariposas
en ese lirio de cera.
Nadie la vió sonreir
porque quiso en su entereza,
ennoblecer de tristeza
la ignominia de vivir;
tan solo cuando al morir
miró la faz del Señor,
arrojando su dolor
como se arroja una cruz,
mostró en su frente la luz
de un relámpago de amor.
Y aquella mujer sombría
que nunca se sonrió,
cuando en su cripta durmió
sonreía, sonreía...
Hermana Melancolía,
dame que siga tus huellas,
dame la gloria de aquellas
tristezas, oh taciturna!
¡Yo soy un alma nocturna
que quiere tener estrellas!»

Es sin duda esta una de las más bellas composiciones del libro, y en la que se refleja más intensamente el estilo del poeta. Así son sus versos sentidos. Sus versos «siempre hondos y sugestivos—dice el escritor americano Tiberio Hormechea—salen cubiertos de adorable tristeza; tienen el encanto mágico de una alondra que diluyese su cantar milagroso bajo la caricia blanca de un blanco sol risueño...; rimas exquisitamente luminosas, empapadas de fino sentimiento; rimas sinceras como el lento rezar de las monjas y nacidas de una pulcra inspiración».

Cierto; los versos de Nervo parecen escritos para ser leidos en el silencio augusto de una celda; son versos místicos, suaves que creyéranse aromados de incienso. He ahí su originalidad. Son versos «suyos», personalísimos, inconfundibles, que no se parecen a ninguno; versos escritos por un temperamento esencialmente delicado y sentimental, quien los lee una vez no puede ya confundirlos. De aquí que muchas veces que he comenzado a ojear poesías en revistas diversas, sin fijarme en la firma, haya dicho in-mente: «esto es de Amado Nervo». Y jamás me he equivocado.

¡Que mayor orgullo para un artista que saberse con tan intensa personalidad! Y de cuán pocos, desgraciadamente, puede decirse lo mismo. Da horror leer los periódicos y los libros que se publican a diario. Entre tanta página en blanco, según el estilo de los libros modernos, que para cada título ne-

cesitan dos páginas y para cada dedicatoria otras dos, cuanta vulgaridad y cuanta tontería en malísimos versos! Ni siquiera puede decirse que son rimas correctas y fáciles. Nada de eso; por el contrario son versos, en su mayoría incoherentes, donde abundan los rebuscamientos y las imitaciones más serviles. Ganas me dan de citar varios ejemplos, pero no lo hago por temor a que se me crea poseído de una intención que estoy muy lejos de tener. Hablo del caso, pero me abstengo de alusiones, que están en la conciencia de cuantos me lean y sepan de estas cosas de literatura poética.

Son, en fin, los versos de Nervo, versos que pudiéramos llamar elegantes, aristocráticos. Andrés González-Blanco, el joven y erudito crítico, ha hablado en un hermoso estudio sobre el gallardo poeta peruano José Santos Chocano, de la aristocracia de la inteligencia. Y ha dicho («Los Contemporáneos».—Garnier hermanos, editores, París.—Segunda serie, página 11): «En nuestra misma sociedad niveladora, la aristocracia de la inteligencia aún subsiste. El lírico es un emperador y es un Dios; regias y divinas prerrogativas le amparan...». Y, por su parte, doña Emilia Pardo Bazán, en el magnífico estudio biográfico que consagró a Campoamor (Madrid—«La España Moderna»—1893, páginas 8 y 9) decía: «Dado que en todo tiempo, nación y raza existe cierto número de individuos muy superiores a la muchedumbre anónima—*los hombres representativos* de que hablaba Emerson

—cuando la poesía exprese, (en vez del mundo colectivo), el mundo interior, las ideas y sentimientos propios de esos privilegiados individuos, haciéndose de *épica lírica,* o, más bien como quiere un sabio escritor moderno [1] *individual* y *personal,* la poesía habrá ganado toda la originalidad, variedad, *aristocrática distinción* y riqueza de aspectos intelectuales que elevan al individuo superior por cima del vulgo de sus contemporáneos».

Pues así es la poesía de Nervo: expresa el «mundo interior» del que la crea; sus ideas y sentimientos propios y es, por consiguiente, individual y personal, como ya he dicho, poseyendo esa aristocracia que solo poseen las obras de los «elegidos».

Abrid, sinó, el libro «Poemas», primera producción de este gran lírico, y encontrareis en cualquiera de sus páginas lo que os digo. Saboread, por ejemplo, este precioso soneto—precioso en la más alta acepción de la palabra—que es un cuadro de luz y exacto colorido, que retrata la llamada fiesta nacional española:

Flámean coruscantes las chaquetillas,
la luz sobre las ropas tiembla y resbala
y fingen pirotecnias las banderillas
y auroras las bermejas capas de gala.

El sol arde en los gajos de las sombrillas,
el clarín su alarido de muerte exhala,
y el diestro, ante los charros y las mantillas,
a la bestia que muge brinda y regala.

---

(1) Menéndez y Pelayo: Estudio sobre D. Gaspar Núñez de Arce.

En tanto, una damita, toda nerviosa,
se cubre con las manos lá faz hermosa
que emarcan los caireles de seda y oro.

Y extiende en abanico los leves dedos,
para ver tras aquella reja, sin miedos,
como brota la noble sangre del toro.

Nunca pudo aplicarse mejor que ahora a estos primorosos versos, aquel célebre pensamiento de Núñez de Arce, que decía: «la poesía para ser grande y apreciada debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive: no cantar como el pájaro en la selva, extraño a cuanto le rodea y siempre lo mismo». Además, Nervo dice las cosas como querían los Goncourt que se dijeran: «con la palabra precisa y preciosa».

Difícil sería analizar detenidamente las composiciones que se contienen en el libro «Poemas», y presentar las mejores, porque en las diversas secciones en que se divide la obra hay poesías que pudiéramos indicar como modelos de delicadeza y buen gusto y, en cambio, difícil sería señalar prosaismos y otros defectos corrientes en volúmenes bien nutridos de versos, como este, acaso porque Nervo—y esto es lo posible, a mi juicio—escribe sin impaciencias y solo publica aquello que considera acabadísimo. Solo así puede comprenderse el por qué este libro, donde se han reunido cincuenta poesías, puede considerarse digno de figurar entre los mejores publicados en su época, sin que desentone ninguna de sus páginas.

Hay también en «Poemas» algunas composiciones de estilo modernísimo y que no deben dejar de mencionarse, por constituir verdaderas innovaciones en el ancho campo de la lírica; sobre todo en el tiempo en que apareció el volúmen (1904) que era cuando comenzaba a hablarse del mal llamado «modernismo», que yo creo debió nombrarse «renovación»; cuando hacía poco tiempo que Rubén Darío había lanzado sus «Prosas Profanas», libro que tan gran revuelo causó en el mundo literario. Titúlanse las composiciones aludidas «Edelweiss», «Madrigal aliterado», pero, a nuestro juicio, se destaca, por la originalidad de su asunto, la titulada «Poema Caligráfico», que no puedo resistir la tentación de transcribir.

Dice así:

Tu escribes y yo pienso
y tus caligrafías me dan raros
pensamientos:
Tus *ies* tienen risa
y tus *equis* se enroscan como garfios
o fingen un connubio de culebras
o la cruz chueca y negra de un penado.
Mientras las epicúreas *pes* ostentan
sus panzas de sochantres y los trazos
de las *eses* flexibles se dirían
liras rotas, tus *bes* son senos blandos,
blandos senos de nubia,
para bien reposar...
Hache sus santos
lineamientos recuerdan la fachada
de Notre-Dame, y son por un arcano,

el pórtico del nombre
de Hugo, victor viviente de milagro.

—

Como juega tu pluma con las *oes:*
se antoja que es el pico de algún pájaro
que cata pomas en sazón. Que finos
son los arcos
de tus *emes,* extrañas galerías
para una I coronada de Imperátor.
...Escribe, escribe!
Traza estas tres centellas: *yo te amo!*
y subráyalas luego con un beso...
Oh! ¡las caligrafías de tus labios!

Como Artur Rimbaud y René Gil, que descubrieron el color de las sílabas, Amado Nervo en esos lindos versos de «capricho» descubre también el alma de las letras. Lo malo es—dice un genial literato—que Gil y Rimbaud no pudieron nunca ponerse de acuerdo, pues mientras este último decía que la *o* es azul, la *u* verde y la *i* roja, el primero aseguraba que la *i* es amarilla, la *o* roja y la *u* azul. También otro poeta—dice el mismo escritor—estableció las correspondencias que existen entre los instrumentos y las vocales, diciendo que la *A* representa el órgano, la *E* el arpa, la *I* el violín, la *O* los cobres y la *U* la flauta.

Y volviendo a Nervo y a su libro «Poemas», debo también señalar como «delicadísimas miniaturas» las tituladas «Luciérnagas», «Ténue», «Nébula» y «Sonetino». He aquí algunas «Luciérnagas» y a continuación «Nébula».

—«Chut! geniecillos, que empeño
en hablar si el poeta calla.

Estaba enhebrando un sueño
y me habeis roto la malla...
Poniendo á la charla cotos
remendad mi malla trunca.
—Amigo, los sueños rotos
ya no se remiendan nunca!

=

—Bardo, ¿cual es tu estandarte?
—Muchos son los que enarbolo.
—¿Qué mentor ha de guiarte?
—Ninguno: en amor y en arte
me deleita viajar solo.

=

¿Al nacer llamas fortuna?
Ah! la cuna solo es
un ataud al revés,
y el féretro es una cuna.
La diferencia consiste
en que la cuna, mi dueño,
es un ataud risueño,
y el féretro... es cuna triste.

=

Viajas de incógnita y sola;
más yo se quien eres ya:
Tonta! ¿no ves que te está
denunciando la aureola
y los perfumes que exhalas
y tus cándidos asombros?
¡Vamos, tápate los hombros,
que se te asoman las alas!

=

Pelear como un Jacob,
cantar como Anacreonte,
narrar como Xenofonte,
lamentarse como Job.

Embelesar como Armida,
navegar como Jonás:
eso es vida... lo demás
es limosna de la vida.

=

Tus ojos, clara piscina
donde abreva el ideal.
¡Tu mirada un madrigal
de Gutiérre de Cetina!

NÉBULA

Y tu mano infantil, con que deshojas
mis tristezas como una flor obscura.
Y tus labios que son dos alas rojas
con que vuelan tus besos...
Y tu albura,
tan pura,
que al bañarme en sus limbos me parece
que mi propia miseria se emblanquece,
y mira tu si es negra.
...Cuerdo, loco?
Verdad? Devaneo?
Si eres sueño no más, porque te toco!
Si eres carne, porque no te poseo!
Defínete! Precisa
tu ser: Un ángel? Puedo
hurtarme de las nubes tu sonrisa.
Mujer? Entonces ven! Aprisa! Aprisa!
Soy huérfano, estoy solo y tengo miedo!

Por los versos transcritos podrá juzgar el lector de los quilates del libro «Poemas», que termina con dos más extensos que los anteriores del volúmen y que se titulan «El Prisma Roto» y «La Hermana

Agua». El primero es un lindísimo poema simbólico en églogas, lleno de altos pensamientos; el segundo ha merecido los honores de la popularidad, pues, aparte de haber sido reproducido en numerosos periódicos de la Península y de América, ha merecido los más altos encomios de la crítica. De él, dijo el conocido literato argentino Alvaro Melian Lafinur en la revista «Nosotros» de Buenos Aires: «En alejandrinos de una suavidad musical, comparable al cantar de una fuente escondida en umbroso parque, celebra el poeta las excelencias de *La Hermana Agua*. Diríase que el espíritu del de Asis ha encarnado de nuevo en este prodigioso mago verbal. No hay en él la adorable y primitiva sencillez de lenguaje de las *Fioretti*, porque, poeta de su siglo, ha aprendido un nuevo idioma, donde abundan palabras que son gemas, pero es el mismo sentimiento de adoración extática, la misma fervorosa emoción ante la belleza natural, lo que puebla su alma, que ha conseguido despojarse de las complicaciones de una civilización enervante, para admirar en plena serenidad la grandeza de las cosas de todos los días, humildes y divinas. Fluye su canto cristalino y dulce, fluye como un manantial de encantadora frescura. Y es un agua lustral la que brota en ese canto; agua que purifica de inquietudes vanas y de enfermisos desasosiegos para hacer sentir de nuevo con su mágica dulzura el amor de la madre Naturaleza».

Es realmente *La Hermana Agua* un poema que

haría, por si solo, la reputación de su autor. Por algo ha merecido el alto honor de haber sido traducido... e imitado. He aquí el breve y bello prólogo que le precede:

«Un hilo de agua que cae de una llave imperfecta; un hilo de agua, manso y diáfano, que gorjea toda la noche y todas las noches cerca de mi alcoba, que canta a mi soledad y en ella me acompaña, un hilo de agua: que cosa tan sencilla. Y, sin embargo, esas gotas incesantes y sonoras me han enseñado más que los libros. El alma del Agua me ha hablado en la sombra, el alma santa del Agua, y yo la he oido con recogimiento y con amor. Lo que me ha dicho está escrito en páginas que pueden compendiarse así: *ser dócil, ser cristalino, esta es la ley y los profetas;* y tales páginas han formado un poema. Yo se que quien lo lea sentirá el suave placer que yo he sentido al escucharlo de los labios de *Sor Agua,* y este será mi galardón en la prueba, hasta que mis huesos se regocijen en la gracia de Dios».

Pero de todo el poema se destaca sin duda esta grandilocuente estrofa de la última parte, que debía gravarse en letras de oro en la más gaya antología castellana:

«Por qué tantos anhelos sin rumbo tu alma fragua!
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien, sé como el agua;
Sé como el agua llena de oblación y heroismo,
sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo.
Sé como el agua, dócil a la ley infinita,
que reza en las iglesias en donde está bendita,

y en el estanque arrulla meciendo la piragua.
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien, sé como el agua.
Viste cantando el traje de que el Señor te viste,
y no estés triste nunca, que es pecado estar triste.
Deja que en tí se cumplan los fines de la vida;
se declive, no roca; trasfórmate y anida
donde al Señor le plazca, y al ir del fin en pos,
murmura: Que se cumpla la santa ley de Dios.
Lograrás, si lo hicieres así, magno tesoro
de bienes: si eres bruma, serás bruma de oro;
si eres nube, la tarde te dará su arrebol;
si eres fuente, en tu seno verás temblando al sol;
tendrán filetes de ámbar tus ondas si laguna
eres, y si oceano, te plateará la luna.
Si eres torrente, espuma tendrás tornasolada,
y una crencha de arco iris en flor si eres cascada.

—

Así me dijo el agua con místico reproche,
y yo rendido al santo consejo de la Maga,
sabiendo que es el Padre quien habla entre la noche,
clamé con el Apóstol:—Señor, que quieres que haga».

Cuando pase el tiempo y se analicen los valores literarios de la época actual; cuando se estudie la historia literaria de la hora de ahora, como el Padre Blanco García estudió la del Siglo XIX en su grandiosa obra, no por apasionada menos admirable, es seguro que pasaran inadvertidos muchos poetas actuales con sus bagajes líricos y a pesar de los ditirambos que merecieran por críticos más o menos benévolos o más o menos amigos; pero estoy seguro, segurísimo, que no se olvidará en ese estudio, al hablar de Amado Nervo—uno de los líricos que quedaran definitivamente—el poema «La Hermana

Agua» como no podrá borrarse de ninguna memoria, al evocar a Núñez de Arce, su poema «El Vértigo» y de Campoamor «El Tren Expreso» y de Rubén Darío su «Marcha Triunfal». Son composiciones que perdurarán toda la vida y si bien es verdad que Amado Nervo es todavía más conocido en América que en España—aunque en la Península es ya bastante conocido y admirado—no por eso ha de quedar su poema únicamente en las Antologías Americanas, sino que habrá de figurar entre las poesías escogidas, escritas en castellano, en un futuro florilegio completo, que bien pudiera hacerlo crítico tan experto y de buen gusto como Andrés González Blanco; florilegio que sería como una continuación del publicado por el inolvidable D. Juan Valera en 1904, en cinco tomos y que, a pesar de lamentables omisiones, es de lo mejor y de lo más acabado que se ha hecho en el género, sin olvidar la «Antología de Poetas Hispano-Americanos» del inmortal D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

En esa futura Antología, donde debe incluirse «La Hermana Agua», en primer lugar, al hablar de Amado Nervo, deben también figurar «Luciérnagas» y otras composiciones que más adelante citaremos como modelos de originalidad, buen gusto y elevada inspiración: tres cualidades no muy corrientes en la poesía moderna, pues si bien solemos encontrar frecuentemente mucha originalidad, en cambio la vemos acompañada, por lo regular, de un mal gusto deplorable, porque muchos poetas con-

temporáneos—y no hago alusiones tampoco en esta ocasión—creen que la originalidad consiste en acumular renglones desiguales, sin ritmos, sin cadencias, sin sentido común; y para hacer versos, como decía el venerable poeta peruano D. Ricardo Palma, precisa «poner las líneas juntas con consonantes en las puntas, pero dentro... hay que poner talento». Y esto, precisamente, es lo que no suelen comprender muchos pseudo poetas, que, ayunos de ese indispensable talento, hacen alarde de una ridícula originalidad que ellos estiman sublime; más ya se ha convenido que de lo sublime a lo ridículo solo hay un paso...

Y es, sin duda, que esos escritores quieren imitar a Rubén Darío, al único poeta que se puede perdonar ciertas «genialidades», como el «soneto de trece versos» tan discutido. Pero es que Darío hacía cosas nuevas, vibrantes, admirables y entre ellas podía pasar una que otra nota discordante; pero en quien nunca ha escrito nada de particular es imposible que pueda admitírsele cosas absurdas a todas luces.

No así en los versos de Amado Nervo que todos tienen *lied-motiv* o un *leit motiv:* todas sus canciones tienen un motivo que las dirije y que las inspira. Dijérase que fueron creadas en distintos estados de alma del poeta, bajo diversas impresiones. Sabido es que el poeta es un enfermo, un ser nervioso, sensible, apasionado. Cualquier impresión, la sensación más leve, le dá ocasión, la mayoría de las veces, para hacer sus estrofas. Yo, al menos,

juzgo por mí. Casi todas mis poesías tienen un por qué. Yo no puedo escribir por escribir, como hacen muchos literatos. Sería tarea inútil, porque tendría que deshacer toda la labor ejecutada, sin haber sido hecha bajo una razón. En cambio, cuantas veces, una carta recibida, una frase escuchada de una boca roja como un clavel, una despedida dolorosa, me han dado asunto para mis versos! Y es que en los versos «sentidos», en los versos «vividos» habla el corazón, aunque algunos poetas parece que se avergüenzan de confesar sus íntimas espiritualidades; y para estos, sin duda, dijo La Bruyére «algunos se avergüenzan de amar y hacer versos como de dos debilidades que no se atreven a declarar, una del corazón, la otra del espíritu».

Aunque a Amado Nervo no pueda catalogarse entre los poetás simbolistas, yo creo que de hallarle «filiación poética» entre los poetas extranjeros, podría encontrársele analogía con Georges Rodembach. En efecto, ¿no os parece la tristeza en que están impregnadas algunas canciones del lírico mexicano, hermana de la que se respira leyendo al cantor de «La Jeunesse Blanche» y «La Regne du silence»? ¿No podría, acaso, creerse del propio Nervo, esta estrofa de Rodembach (1).

«¡Ventanas conventuales! Por la tarde yo contemplo
vuestras cándidas cortinas cual velos de desposadas
que al rumor del incensario quisiera alzar en el templo
para gustar vuestros besos, ¡labios de bocas amadas!».

---

(1) De la poesía «Beaterio flamenco» traducción de Angel Vegue y Goldoni.

Indudablemente, que hay algo del espíritu de nuestro poeta en esa estrofa del portalira belga. Es más. Aún en otra composición del mismo hallamos más afinidad de pensamientos. Leed esta estrofa de «Les Chambres vraiment sont...» (I):

«Nuestras habitaciones son verdaderamente
ancianas que secretos saben, cosas pasadas;
que callan con un aire confidente, indulgente,
y que ocultan tras las vidrieras ya cerradas,
¡que ocultan en el fondo de los turbios espejos
estas largas historias de nuestros tiempos viejos!...».

Verdad es que no es raro en poetas de un mismo temperamento artístico hallar semejanzas por el estilo. Espíritus que sienten una misma emoción es lógico que la reflejen de un modo semejante. Por lo demás, Nervo podría tener aún más parecido con Rondembach si hubiera escrito sus poesías en francés y yo creo que no le hubiera costado gran trabajo el hacerlo, dados sus conocimientos del idioma y su compenetramiento con el alma de esa gran ciudad que es llamada el cerebro de Europa. Además, poco le ha faltado a nuestro lirico para publicar su libro en francés. ¿No están ya en francés los títulos de muchas de las composiciones contenidas en «Poemas»? Ved, sinó los nombres de algunas: «La haut», «Les oiseaux s'envolent et les fleurs tombent», «Mi Saint Denis», «Eventail»... Por eso, sin duda, muchas, están pensadas en francés y escritas en español.

---

(1) Traducción de A. González Blanco.

Hay que tener presente que Nervo, diplomático y poeta, ha vivido bastante tiempo en París, donde se ha impregnado de esa delicadeza y elegancia tan peculiar en la poesía francesa moderna. Y si ha vivido ese ambiente literario, que raro es que su arte esté saturado de su belleza inconfundible? Por algo ha dicho Jacinto Benavente «No sea nuestra vida el producto de nuestro arte, sino nuestro arte el producto de nuestra vida».

II

En 1902 publicó Nervo en México, bajo el título de «Lira Heróica» dos admirables y vibrantes composiciones: «Canto a Morelos» y «La lira de bronce». El motivo de haber escrito estas hermosas poesías el mismo lo explica en un breve exordio que figura al frente del fascículo, hoy rarísimo por estar completamente agotado. Asi decía su autor: «Terminadas ya las tareas del H. Jurado que dictaminó acerca de las composiciones enviadas a los Juegos Florales que organizó la simpática Escuela de Jurisprudencia y publicado el folleto respectivo, el autor de este libro supo que ninguno de los poemas escritos para aspirar al premio que el Sr. Presidente de la República había designado para el mejor canto a Morelos, había sido hallado digno de recompensa. Vínole entonces la idea de componer el poema que hoy publica, y escribiólo en dos días con el ánimo de leerlo en la velada del Renacimiento, ante la

Reina. No pudo, empero, realizar este proyecto, porque se le hizo ver, y con razón, que violaba la ley de la Justa, y que su obra no podía ser ni discutida ni aquilatada ya, puesto que el jurado había terminado sus funciones; y conforme con el fallo, guardó el poema, con el ánimo de publicarlo más tarde. Hoy, merced a espontánea y afectuosa oferta del Sr. Lic. D. Roberto Núñez, Subsecretario de Hacienda, el *Canto a Morelos* y *La Raza de Bronce,* poema escrito después en honor de Juarez y leido en la C. Cámara de Diputados, sale a luz con decoro pergeño. El autor dá las gracias al amable Mecenas, y pide perdón por la osadía de levantarse hasta un héroe tan grande como el de Cuautla, con alas no avezadas a la serena alteza de tal cumbre».

Son, en verdad, ambos cantos, dos bellas muestras de gallarda inspiración épica y presentan, por tanto, al poeta en otro aspecto completamente distinto al de su anterior libro «Poemas». Ambos son dignos del laurel y estrofas tienen de elocuencia lírica verdaderamente arrebatadora, como, por ejemplo, estas de «La Raza de Bronce»:

—Padre, te murmuré, quiero ser fuerte,
dame tu fé, tu obstinación extraña!
Quiero ser como tú, firme y sereno,
quiero ser como tú, paciente y bueno,
quiero ser como tú, nieve y montaña!
Soy una chispa: enséñame a ser lumbre!
Soy un guijarro: enséñame a ser cumbre!
Soy una linfa: enséñame a ser río!
Soy un harapo: enséñame a ser gala!

Soy una pluma: enséñame a ser ala!
Y que Díos te bendiga, padre mío!
Y hablaron tus labios, tus labios benditos,
y así respondieron a todos mis gritos,
a todas mis ansias:—No hay nada pequeño,
ni el mar ni el guijarro, ni el sol ni la rosa,
con tal de que el sueño, visión misteriosa,
le preste sus nimbos, y tú eres el sueño!».
«Amar eso es todo! querer todo es eso!
Los mundos brotaron al eco de un beso,
y un beso es el astro y un beso es el rayo
y un beso la tarde y un beso la aurora
y un beso los trinos del ave canora
que glosa las fiestas divinas de Mayo!».
«Yo quise a la Patria por débil y mustia,
la Patria me quiso con toda su angustia
y entonces nos dimos los dos un gran beso:
Los besos de amores son siempre fecundos,
un beso de amores ha creado los mundos,
amar... eso es todo! querer... todo es eso!».

Así me dijeron tus labios benditos,
así respondieron a todos mis gritos,
a todas mis ansias y eternos anhelos.
Después los fantasmas volaron en coro,
y arriba los astros, poetas de oro,
pulsaban la lira de azur de los cielos!

No cabe, ciertamente, más inspiración ni más gallardía en la dicción. Son versos rotundos, valientes, llenos de palpitaciones y de sonidos; son versos de bronce, que hubiera firmado, con orgullo, lleno de vanidad, cualquier gran poeta, Núñez de Arce por ejemplo. Pues así es todo el poema, que no he transcrito, porque si fuera a reproducir todas las poesías selectas de nuestro lírico tendría necesidad

de hacer una nueva edición de todos sus libros de versos, porque tendría que reproducirlos *todos*. Además, en este breve estudio literario, escrito, como todas mis cosas, sin pretenciones, solo me he propuesto rendir un homenaje de admiración al que, indudablemente, es hoy uno de los primeros poetas, de los más excelsos poetas, entre todos los que escriben en castellano. Y como Nervo, por su modestia, no es lo conocido que debiera ser—con serlo bastante—porque no ha cultivado el «autobombo», hoy tan en uso y tan en boga, ni ha pagado artículos encomiásticos; como no ha cultivado, en fin, la «réclame», justo es que haya una persona que haga conocer las bellezas de sus producciones, las joyas de su talento, los oros de su espíritu refinado y cultivado, y esa persona soy yo, que, como jamás sentí envidias—en buena hora lo diga—siempre estuve dispuesto a encomiar y batir palmas por cuantos sobresalieron en el mundo literario.

Yo al revés, de muchos espíritus mezquinos,—y perdónese este desahogo de vanidad, si vanidad hay en estas palabras de verdad y sinceridad—he gozado siempre con los triunfos de los poetas y de los literatos amigos; y siempre—y el propio Nervo es testigo—el primero en felicitar al que se ha hecho acreedor a ello, por cualquier causa. En cambio, cuanta cara pálida y cuanto gesto amargado vemos en los corrillos literarios cuando se lee alto, por ejemplo, el elogio de X, que ha publicado un libro o que ha triunfado en la escena. Y cuanta

murmuración se desata entonces en voz baja a consecuencia del elogio! Pero yo, en los elogios digo como un genial crítico contemporáneo, respecto a este asunto: aún suponiéndose uno mismo ser superior, ¿por qué no admitir a otro ser semejante? ¿No han existido, en una misma época, genios inconmensurables, cada uno en su esfera? Pero no; el escritor, por regla general—hay honrosas excepciones—no ve con buenos ojos los triunfos ajenos, y como pueda obscurecerlos los obscurece, ya sea dejando de encomiar el libro dedicado que se recibe, ya obstruyendo al compañero el camino que conduce a las colaboraciones «de pago»...

«Dime que odias y te diré de que careces», reza un viejo adagio y como adagio cosa cierta que vemos todos los días. Es más: yo he visto en un libro publicado no ha mucho por un escritor americano, hablar mal de *Fray Candil* y en esa obra hasta se le «bebe el aliento» al valiente crítico cubano. Es una continuada imitación de su estilo y de su «savoir faire».

Y si esto vemos todos los días y estamos convencidos de ello—aunque los interesados lo nieguen—¿que raro es que hasta ahora no haya existido una mano amiga que presente las mejores estrofas, comentadas, de este gran poeta que se llama Amado Nervo?...

III

En 1903, apareció el que, según Rubén Darío, ha sido el mejor libro de Nervo: «El Exodo y las Flores del Camino.» ¿Qué es este libro? Oigamos a Rubén: «El Exodo y las Flores del Camino» es un corto «reisebilder.» Notas de viaje, líricamente expuestas y rimadas. Es su «Parcours du reve au souvenir»; pero bastante lejos de Montesquiou-Fezensac.—Irlanda, Londres, Bretaña; y París, y mujeres, y artistas; y otra vez París; y Flandes; y Lucerna, y Bohemia; e Italia y París, y mujeres; y arte; y París; y París.» Pero yo creo que es algo más: es el breviario de un poeta sentimental que, al recorrer sendas de arte y de belleza, fué anotando impresiones en renglones rimados y en prosas líricas de un encanto insuperable. Y yo creo que es algo más. Es la obra de un artista ya hecho; de un temperamento soñador en plena madurez intelectual; de un literato estudioso y curioso y observador que se para a contemplar detenidamente cuanto admiran sus ojos ávidos de sensaciones nuevas. Y aún más: un libro de acuarelas, de cosas vividas, de mujeres que pasan... dejando una estela de perfumes delicados, de recuerdos y de besos; de evocaciones, en fin, deliciosas y nunca olvidadas y siempre añoradas; de días llenos de juventud y de ansias de lucha, de días plenos de emociones varias, bajo

distintos cielos, de noches de luna y de amor, gustadas y cantadas en frescas rimas de pasión... Todo eso y más creo yo que es el libro «El Exodo y las flores del camino» que he leido muchas veces, con el mismo afán con que se contempla en un esteróscopo los paisajes que van pasando velozmente...

El libro está, además, bellamente ilustrado por dos verdaderos artistas: Ruelas, ya fallecido (geníal pintor mexicano, de una exquisita originalidad) y Angel Zárraga, que han sabido interpretar en sus hábiles y acertados dibujos el espíritu de cada verso o prosa.

En la primera página aparece el retrato del autor, pero no como está actualmente, cuidadosamente rasurado, sino con su antigua barba, que «lo hacía parecer a una figura del Greco» y con su misma seriedad, reflejada siempre en sus «ojos verdes, redondos, fijos y muy abiertos, la fisonomía como de cera o de terracota, inmóvil y su pensamiento más allá, muy lejos, en quien sabe que regiones desconocidas o en que limbos misteriosos y extraordinarios.» Así está el retrato del poeta en esta obra maravillosa, mágica, encantadora, una de las más lindas que he leido desde hace muchos años. Comienza con esta primorosa autobiografía:

El mar es más constante que yo; las nubes rojas
del orto más que mi alma conservan su vestido;
yo tengo la impaciencia perenne de las hojas;
mi amor es un eterno gemelo de mi olvido.

Mi mente es un espejo rebelde a toda huella;
mi anhelo es una pluma funámbula, donaire

del viento; el aerolito que cae, esa es mi estrella;
mis gozos y mis penas son trazos en el aire.

El ansia del misterio me agita y desespera:
jinete en mis pegasos o nauta en mi galera,
corriendo voy tras todo señuelo que lo finge;
mi hermana la cigüeña me ha visto donde quiera
que el rojo sol proyecta la mitra de la esfinge.

Amo unos ojos mientras que su matiz ignoro,
amo una boca mientras no escucho sus acentos;
jamás pregunto el nombre de la mujer que adoro,
del César por quien lucho, del Dios a quien imploro,
del puerto a donde bogo, ni el rumbo de los vientos.

Criatura fugitiva que cruza el mundo vano,
temiendo que la alforja sus éxodos impida,
ni traje amor ni llevo, y así voy al arcano,
lanzando con un gesto de sembrador el grano
fecundo de mis versos al surco de mi vida.

Sigue a esta página íntima, alternando, prosas y versos, sobre cosas y lugares; según la ruta que va haciendo el poeta-viajero. Así se leen, entre otros titulos, «Frente a Irlanda», «Londres», «En Bretaña», «París», «El Sena», «En Flandes», «A Lucerna», «Munich», «Roma», «Alma de Italia», «Florencia», «Venecia»... Un viaje sentimental y lírico que evoca el viaje sentimental por Francia e Italia de Laurence Sterne. Y entre todas esas páginas hermosas, retratos fieles de la realidad, se destacan, a nuestro modo de ver, las dedicadas a Londres, Lucerna, París y Roma y algunas poesías deliciosas como «Viejo estribillo», «Evocación» y «En Bohemia», por no citar más, y sin citar tampoco las páginas en prosa, que son bellísimas sin hipérbole,

pero que no reproduzco porque sólo me he propuesto en este breve trabajo estudiar a Nervo como poeta, que es, a mi entender, en el aspecto que más sobresale, con distinguirse también, en el mundo de las letras modernas, como cuentista y autor de lindas prosas y de libros de divagaciones filosóficas.

«Bohemia» es un lindo medallón lírico. Leed:

—Gitana, flor de Praga, diez *kreutzers* si me besas.
En tanto que a tu osesno fatiga el tamboril,
esgrimen los *Kangiares* las manos juglaresas
y lloran guzla y flauta, tus labios dame, fresas
de Abril.

Apéate del asno gentil que encascabelas:
los niños atezados que bailan churumbelas,
harán al beso coro con risas de cristal.
Por Dios, deja tu rueca de cobre y a mi apremio
responde. Si nos mira tu zíngaro bohemio,
no temas, en Dalmacia forjaron mi puñal.

Este libro también podía haberse llamado «Peregrinaciones», como el de Rubén Darío, con el que es comparable por el interés de sus páginas llenas de matices, de sensaciones y de recuerdos, aunque la obra citada del portalira centro-americanas sea exclusivamente de crónicas vividas. Uno de los capítulos del libro de Nervo «En Pos» (página 15) me ha traido a la memoria una oración de San Ignacio de Loyola que aprendí de niño; decía: «Alma de Cristo santifícame, Cuerpo de Cristo sálvame, etcétera, etc...» Nervo, místicamente, también dice: «Padre océano, amargo y azul, amargo como mi pensamiento, azul como mi deseo..., vuelvo a ti

confiado y tranquilo. No te temo, porque siempre te he amado. Soy digno de ti, azótame. Soy huérfano, arrúllame; estoy enfermo, vitalízame. Creo en Dios; espumarajea, yérguete, arrulla, ahonda vórtices... pero huye bajo la azuzadora espuela de mi esperanza.»

¡Que página de luz más conmovedora! Es la oración de un poeta que al admirar la belleza inmensa del mar admira a su Creador y le eleva un himno; pero no le teme, porque confía en la excelsitud omnipotente que va guiando su ruta de peregrino...

No crea el lector que estos francos elogios que tributo al poeta que estudio son acaso consecuencia de nuestra amistad. No. El lector inteligente, versado en asuntos literarios, podrá juzgar por las muestras que voy roproduciendo, al comentar, si mis encomios son exagerados. Aparte de esto debo confesar que, a falta de otros méritos más sobresalientes, tiene cuanto sale de mi pluma, una cualidad de que me enorgullezco: la sinceridad. Si yo no hubiera creido dignos de toda mi admiración a Enrique Gómez Carrillo y al inolvidable y malogrado poeta cordobés Manuel Reina, ni una sola línea hubiera escrito sobre ellos. No soy de los que llenan cuartillas con miras bastardas y esto a gala también lo tengo. Cuando escribí mi estudio de psicología literaria sobre Gómez Carrillo (en 1909) ni siquiera le conocía personalmente. El vivía entonces en París y yo en Zaragoza. Ni una carta nos habíamos

cruzado cuando yo le escribí diciéndole que estaba haciendo un estudio sobre su labor multiforme. Mostró él curiosidad por conocerlo, antes de que yo lo lanzara a la publicidad y se lo envié. Poco dospués me contestó diciéndome que deseaba mi trabajo para prólogo de su libro «Vanidad de Vanidades» (Garnier hermanos, París, 1909) y yo se lo cedí gustoso; y, casi al mismo tiempo de la aparición de ese galano volumen, se publicó en folleto mi estudio. Nadie pudo decir que mi amistad con Carrillo había influido en los elogios que prodigara a su genial producción. Respecto a Manuel Reina es cierto que me unió a él una buena amistad, pero he publicado mi estudio sobre él, once años después de su muerte... No puede decirse tampoco que esperaba de él una reciprocidad de elogios o algún otro favor. Si lo hubiera publicado en vida de ese gran lírico, acaso hubiera dicho algún enemigo mío —nunca faltan, desgraciadamente—que lo hacia para aprovecharme de la influencia política de Reina... No; nunca he pensado de tan baja manera.

Respecto a Amado Nervo sólo os puedo decir que he hablado con él únicamente dos veces, en un transcurso de diez años... En cuanto a la correspondencia que he sostenido con este poeta ha sido también bastante exigua. No habrán llegado a una docena de cartas en esos diez años. Además, yo entiendo, como dice un joven talento argentino, Manuel Ugarte, que «la crítica no debe ser un reflejo de amistades o enemistades de los hombres»

aunque es cierto que «en la mayoría de los casos, la opinión que merece un autor cambia según los términos en que este se halla con el compañero que la emite. Pero como esto no es digno de la majestad del arte, los que entramos en el campo de la literatura con el cerebro sano y la sinceridad a flor de ojos, debemos reaccionar y leer los libros sin ocuparnos de la firma.» Y que yo sigo este ejemplo bien puedo probarlo, pues podría citar aquí no pocos trabajos bibliográficos publicados por mi en diferentes revistas, acerca de firmas nuevas, muchas completamente desconocidas. Y mi libro «Desfile de Almas» también pudiera servir de testigo...

Pero yo creo, así mismo, que la superioridad de la crítica moderna, como ha dicho un noble pensador, el uruguayo José Enrique Rodó, «consiste esencialmente en el sentimiento de la tolerancia, que tanto la anima y enaltece; en su infinita capacidad de comprender; en su insaciable aspiración a disculparlo y explicarlo todo». Y por eso, sin duda, pasaron ya a la historia los críticos a estilo de los Valbuena y de los *Clarín,* que siempre tenían el látigo levantado, dispuestos a repartir zurriagazos a la menor... errata de imprenta. Esa labor demoledora ha sido siempre perjudicial y no ha enseñado gran cosa. Por el contrario ¡cuantas ilusiones ha quitado y cuantas enemistades y odios han proporcionado a los cultivadores de tan desacreditado sistema! No creo yo, tampoco, que haya derecho—por muy crítico y docto que se sea—a cojer un libro

con la malsana intención de hacerlo pajaritas de papel. ¿Es acaso que se buscaba con eso hacer el «bú» y hacerse temer de todos los escritores vapuleados? ¡Oh, no! Pues aún se recuerdan las contestaciones de muchos de ellos y nadie olvida tampoco las polémicas entre *Clarín* y Manuel del Palacio, cuando aquel dijo de este que era—decir injusto— 0,50 de poeta. La respuesta de Palacio, en su famoso folleto «Clarín entre dos platos» (Madrid, 1889), no dejó muy bien parado a Leopoldo Alas. Cierto que con muchos de esos críticos severos reza la frase de Manuel Ugarte «el que no puede crear trata por lo menos de destruir» pero; ¿no es mucho más bello y mucho más beneficioso el elogiar lo elogiable, y prescindir de lo que, en realidad, no merece la pena de una sola cuartilla? Yo, al menos, es el sistema que practico y si bien es verdad que el silencio es poco caritativo y que—como dijo el Arzobispo de Tarragona, en un admirable artículo acerca de «La Vida y el libro», publicado en un rotativo madrileño—«lo peor, lo que más se siente, lo que más daña, es el silencio que precede a la fria soledad y al vacío desolador», yo, sinceramente, os digo que lo creo preferible y más piadoso que escribir—hipócritamente—un elogio injustificado o a dar un *palo* que nos ocasionaría el odio eterno del agredido literariamente, pues sabido es que—como ha escrito recientemente otro literato contemporáneo—podrán no agradecernos los elogios exagerados que tributemos a cualquier compañero, pero en

:ambio; eso si, no han de olvidarnos en toda la
'ida el menor rasguño, ni la frase más leve de
ronía...

Mucho más humano es, a mi modo de ver, dejar
)asar inadvertido, como si no existiese, una obra
nediocre, que ensañarse con ella y arremeter contra
u autor de manera despiadada, como solía hacer
Clarín, a quien Dios haya perdonado su mala inten-
:ión, y como hace aún Miguel Escalada o su homó-
ıimo Antonio Valbuena, sin perjuicio de que estos
eñores hayan caido en los mismos errores que tan
añudamente han criticado.

«Nada más grotesco — dice el citado escritor
Jgarte, en su libro «Visiones de España» (F. Sem-
ere y Cia., editores, Valencia) que esos bravuco-
ıes de la literatura que así que adivinan un recien
legado, escupen por el colmillo, se calan la gorra,
e restregan las manos y dicen volviéndose hacia
us compañeros de taberna:—Ya vais a ver como le
ongo.—Algunos afirman que semejante actitud no
s más que un medio de ganarse la vida.»

Y volviendo a nuestro poeta. 33 años tenía cuan-
lo publicó «Él Exodo y las flores del Camino», que
s su obra maestra, (Nervo nació en Tepic, territo-
io de la República Mexicana, sobre el Pacífico, el
27 de Agosto de 1870) y no hemos de terminar de
ıablar de ella sin evocar un raro soneto que figura
n su página 126, debido al exquisito Rubén Darío,
que en aquel tiempo era inseparable del poeta me-
:icano, pues vivían juntos y juntos escribían en

aquel ambiente saturado de belleza y de arte que se llama París. Ved la curiosa semblanza que Darío escribió de Nervo, una noche, en cinco minutos:

Amado es la palabra que en querer se concreta,
Nervo es la vibración de los nervios del mal,
bendita sea y pura la canción del poeta,
que lanzó si pensar su frase de cristal.

Fraile de los suspiros, celeste anacoreta
que tienes en blancura l' azúcar y la sal,
muéstrame el lirio puro que sigues en la veta
y hazme escuchar el eco de tu alma sideral.

Generoso y sutil como una mariposa,
encuentra en mi la miel de lo que soy capaz
y goza en mi la dulce fragancia de la rosa.

No busques en mis gestos el alma de mi faz:
quiere lo que se aquieta, busca lo que reposa
y ten como una joya la perla de la Paz.

IV

En 1904, la casa Bouret de París, publicó una obra de Nervo: «Perlas Negras», en cuya primer página se lee esta confesión del poeta: «Este libro es el libro de mi adolescencia. Tiene muchos defectos, pero también muchas sinceridades. Si algo vale la sinceridad en el arte, que ella me escude.»

Divídese el volumen en tres partes: «Perlas Negras», «Místicas» y «Las Voces», y es en conjunto un libro triste, pero con la tristeza de las cosas grandes, porque como dijo el inolvidable lírico cordobés Manuel Reina

«triste es todo lo grande, noble y fuerte:
el libro de la Historia, los profetas,
los abismos, los templos seculares.

Tétrico es el amor como la muerte;
lúgubre el corazón de los poetas
y amargo son los dilatados mares.»

A nuestro juicio, hay más sinceridad en «Perlas Negras» y más arte en «Poemas». Este es libro del artista ya formado; «Perlas Negras», como su mismo autor dice, es el libro de su adolescencia, de su primera época literaria.

No quiere decir esto que sea una producción deficiente. No, pero claro es que carece de la fuerza lirica, de la emoción, de la experiencia que sus hermanas las anteriores mencionadas. Bien hizo, sin embargo, Nervo en publicarla, pues ella nos da ocasión de saborear páginas llenas de ingénuo sentimiento, de honda ternura, como estas:

«¡Mentira! Yo no busco las grandezas,
me deslumbra la luz del apoteosis
y prefiero seguir entre malezas
con mi pálida corte de tristezas
y mi novia bohemia: la Neurosis.

Dejadme! Voy muy bien por la existencia
sin mendigar un vitor ni una palma,
pues bastan a mi anhelo y mi creencia,
un pedazo de azul en la conciencia
y un rayito de sol dentro del alma.»

Y así, con versos sencillos se va deslizando este libro del «Cantor extraño de seres idos y de muertas cosas...». Es un libro de ensueño y de intensa emo-

ción, propio para ser recitado en esas noches largas del invierno, a la lumbre del brasero. Son versos, en fin, escritos «con el corazón», como deben escribirse los versos según La Bruyere. Versos sin complicaciones, sin ritmos resonantes como los de Rueda; sino sencillos, vagos, ligeros, como la brisa, como las mariposas, como el vogar del cisne..., «de una gracia melancólica, lunática, pletóricos de originalidad, doctos por su vibratibilidad de una dulce armonía», o como ya dije en otra ocasión, al hablar de este mismo poeta, estrofas con raudales escapados de un violín todo dulzura, que no en vano Amado Nervo «posee un alma tan delicada como si hubiera nacido en Florencia.»

Composiciones hay en «Perlas Negras» como la titulada «Ante el sepulcro de Manuel Gutierrez Nájera»—aquel gran precursor de la lírica, a quien tanto Nervo se parece a mi juicio—de una melodía deliciosa, llena de sentimiento, que hubiera dado renombre a su autor si este ya no hubiera sido suficientemente conocido cuando la escribió. Y aquí habría ocurrido un caso análogo al de Zorrilla, que se reveló muy joven gran poeta al recitar sobre la tumba del inmortal Larra (Fígaro) aquellos famosos versos:

> «Ese vago clamor que rasga el viento
> es el son funeral de una campana...»

No menos hermosa es la poesía de Nervo a la memoria de Gutiérrez Nájera, el recordado «Duque Job.» Leed este fragmento:

Era un ritmo: el que vibra en el espacio
como queja inmortal, y se levanta
y llega del Señor hasta el palacio;
un ritmo y en el cielo de topacio
se perdió: ¡como todo lo que canta!

Era un ave: su nido en el paraje
que habitamos, formó; cual filomela,
gorjeaba al amparo del follaje;
un ave, y sacudiendo su plumaje,
se alejó: ¡como todo lo que vuela!

Era un lampo: el flamígero, de plata,
que tiende su fulgor en la penumbra
de casto amanecer, y se dilata
por el éter; ¡un lampo! y su luz grata,
se apagó: ¡como todo lo que alumbra!

No fué su muerte conjunción febea
ni puesta melancólica de Diana,
sino eclipse de Vésper, que recrea
los cielos con su luz, y parpadea
y cede ante el fulgor de la mañana.

Morir cuando la tumba nos reclama,
cuando la dicha, suspirando quedo:
«Adiós» murmura, y se extinguió la llama
de la fe y aunque todo dice: «ama»
responde el corazón: «¡si ya no puedo!»

Cuando solo escuchamos donde quiera
del tedio el gran monologar eterno,
y en vano desparrama Primavera
su florido caudal en la pradera
porque dentro llevamos el invierno.

¡Bien está! más partir en pleno día
cuando el sol glorifica la jornada,
cuando todo en el pecho ama y confía
y la vida, Julieta enamorada,
me dice: *¡No te vayas todavía!*

Y forma la ilusión mundos d' encaje,
y los troncos de savia están henchidos,
y las frondas perfuman el boscaje,
y los nidos salpican el frondaje,
y las aves arrullan en los nidos.

¡Es muy triste en verdad! Tal fué tu suerte,
¡oh poeta! y en vano a tu partida
opusieron al par su muro fuerte:
Amor, más poderoso que la muerte;
Juventud: ¡salvaguardia de la vida!

Ave, ritmo, perfume, luz qu' encanta,
el cariño a perderos se revela;
entre Dios y vosotros se levanta;
més os vais: ¡como todo lo que canta!
os perdeis: ¡como todo lo que vuela!

¿No revelan estas estrofas a un gran poeta? Si Nervo sólo hubiera escrito esta composición nadie hubiera podido negarle el puesto en que ella le colocaba, por su mérito indiscutible.

Con todo, es «Místicas» la parte mas importante de «Perlas Negras.» A estas breves poesías debe Nervo gran parte de su renombre. Por algo se le ha llamado, a veces, «el poeta de "Místicas" y según el escritor americano Vicente S. Carubin «ruiseñor místico de una maravillosa selva ignorada», de quien díjo también aquel este bello juicio: «Tu poesía tiene el encanto crepuscular de una bella tarde de otoño: casta y pura como un brisa sahumada de violetas y jazmines; apaciblemente serena, de una serenidad diáfana y azul. Al penetrar al Huerto sagrado de tus meditaciones poéticas, el alma se arroba y se dilata sutilmente cantando un salmo de

infinita Paz, que se goza en tu huerto místico.» Y como un místico, o mejor como un asceta, muéstrase Nervo en toda esta serie de sus poesías que dijérase pensadas por un fraile cartujo en la paz de la celda, lejos del mundanal ruido... Decid si no es puramente «conventual» esta estrofa que evoca las palabras hebreas que aparecieron en las paredes de la sala donde se celebraba el festín de Baltasar:

Grabó sobre mi faz descolorida
su *Mane, thecel, phares* el Dios fuerte,
y me agobian dos penas sin medida:
un disgusto infinito de la vida,
y un temor infinito de la muerte...

Y así en este tono íntimo y recogido están las demás composiciones de «Místicas.» Por eso, acaso tituló «Obsesión» a esta breve filigrana:

Hay un fantasma que siempre viste
luctuosos paños, y con acento
cruel de Hamlet a Ofelia triste
me dice: *¡Mira, vete a un convento!*

Y me horroriza prestarle oidos,
pues al conjuro de su palabra,
pueblan mi mente descoloridos
y enjutos frailes de faz macabra.

Y dicen salmos penitenciales
y se flagelan con cadenillas
y los repliegues de sus sayales
semejan antros de pesadilla...

En vano aquella visión resiste
el alma, loca del sufrimiento:
los frailes rondan, la voz persiste,
y como Hamlet a Ofelia triste,
me dice: *"¡Mira, vete a un convento!"*

La educación religiosa de Nervo asoma por todas partes en sus versos; es realmente una obsesión que le atormenta y le persigue. No ven sus ojos nada más que pesimismos y tristezas, por todas partes sombras... ¿Acaso Kémpis infiltró en el alma del poeta esa avasalladora melancolía? ¿Acaso fué aquel famoso libro de meditaciones quien inspiró las estrofas desalentadas y melancólicas del vate mexicano? ¡Quien sabe! Pero el poeta por lo menos no se olvida de aquel gran Maestro cuando dice:

«Ha muchos años, que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tu escribiste!»

Luego el poeta se dirige a Cristo y, humildemente, le dice que busca en vano una estrella que le alumbre y un amor que le redima, que su ideal se halla en la altura y el yace en la sima; que la lira que le ha dado vibra sin concierto entre las mofas de los mundanos y se pierden en la noche sus versos como en el desierto el grito de Agar... y termina con esta magistral estrofa:

Ten piedad de mi mal, dura es mi pena,
numerosas las lides en que lucho;
fija en mi tu mirada que serena
y dame, como un tiempo a Magdalena
la calma: ¡yo también he amado mucho!

«En camino» es un poema en 3 sonetos admirables y es digno también de mención «Ultima Verba», diálogo entre el alma y Cristo. Debe conocerlo el lector:

El Alma.

—Señor, ¿por qué si el mal y el bien adunas,
para mi solo hay penas turbadoras?
La noche es negra, pero tiene lunas;
¡el polo es triste, pero tiene auroras!

El látigo fustiga pero alienta;
el incendio destruye pero arde,
¡y la nube que fragua la tormenta
se tiñe de arreboles en la tarde!

Cristo.

—¡Insensato! y yo estoy en tus dolores
soy tu mismo penar, tu duelo mismo;
mi faz en tus angustias resplandece...

*Se pueblan los espacios de fulgores
y desgarra sus velos el abismo.*

El Alma embelesada.

—¡Luz...!

Cristo.

—Yo enciendo las albas!

Amanece!

Y termina el libro con «Las Voces» (de los «Poemas Panteistas») que es con «La Hermana Agua» uno de los poemas mejores de Nervo.

Tal es a grandes rasgos «Perlas Negras», cuya primorosa edición esparcida por todas las naciones de América habla muy en alto de su ilustre autor, que tiene «corazón de santo y paciencia de Benedictino» según ha dicho otro gran poeta mexicano: Luis G. Urbina.

V

Apareció el libro de Nervo «Los Jardines Interiores» en 1905 (1) en una bella edición, análoga a «El Exodo y las Flores del Camino», e ilustrada por los exquisitos artistas Ruelas y Montenegro. Es este un pequeño volumen, pues sólo tiene 88 páginas, que contienen 33 poesías, a nuestro juicio las más raras de este poeta; las que presentan a nuestros ojos más novedad dentro de su arte modernísimo. De los versos de esta obrita decía un joven escritor andaluz que eran «de una gracia melancólica, lunática, pictórica de originalidad, doctos por su vibractilidad, de una dulce armonía: estas cualidades han hecho decir a un amigo mio, también poeta, que sus estrofas son como raudales de un violín todo dulzura.» El poeta a quien se alude es... al que escribe estas lineas. Yo dediqué, en efecto, un artículo a «Los Jardines Interiores» en el número siete de la revista literaria «Azul» (20 de Abril de 1906) que publicaba yo por aquel tiempo en Cádiz y que un año después continuaba en Zaragoza, con el mismo título y donde colaboró el propio Nervo. Decía yo también en el artículo aludido sobre «Jardines Interiores»: «Nervo es un visionario que dijérase hace los versos con un áureo cincel, en un ensue-

(1) En 1905 entró Nervo en la carrera diplomática de su país y desde ese año ha residido en Madrid y París, principalmente en Madrid.

ño de cosas lúgubres.» Y es que todo en este libro es raro, desde la verde portada exótica en la que se ve un cementerio y en un ángulo inferior de la misma una tumba donde yace el nombre del poeta, hasta su última página. ¡Pero cuanta belleza en su contenido! La composición «Mi Verso», en la que expresa el poeta sus anhelos de artista, es un modelo de delicadeza incomparable. Leed:

Querría que mi verso, de guijarro,
en gemas se trocase y en joyero;
que fuera entre mis manos como el barro
en la mano genial del alfarero.

Que lo mismo que el barro que a los fines
del artífice pliega sus arcillas,
fuese cáliz de amor en los festines
y lámpara de aceite en las capillas;

Que dócil a mi afán tomase todas
las formas que mi númen ha soñado,
siendo alianza en el rito de las bodas,
pastoral en el index del prelado;

Lima noble que un grillo desmorona
o eslabón que remata una cadena;
crucifijo papal que nos perdona
o gran timbre de rey que nos condena;

Que finjiese a mi antojo con sus claras
facetas en que tiemblan los destellos,
florones para todas las tiaras
y broches para todos los cabellos;

Emblemas para todos los amores,
espejos para todos los encantos
y corona de astrales resplandores
para todos los genios y los santos.

Yo trabajo, mi fe no se mitiga,
y, troquelando estrofas con mi sello,
un verso acuñaré del que se diga:
Tu verso es como el oro sin la liga:
radiante, dúctil, poliforme y bello.

Si, así es el verso de Nervo grabado con su sello personal e inconfundible: radiante, dúctil, poliforme y bello; rediante, porque tiene matices de todas las auroras y de todos los astros; dúctil, porque es suave, delicado, dulce; poliforme, porque sus formas son diversas, y bello siempre, como es su obra en conjunto.

Precisaría trasladar a estas impresiones todas las composiciones del libro para que el lector formase una idea de los encantos que cada una de ellas encierra, pero como esto sería cosa interminable, señalaré únicamente las que considero que se destacan de tan completo conjunto. En primer lugar creo debe señalarse, por su extraña originalidad, la titulada «Funambulesca», que puede mostrarse como ejemplo entre las que figuran en el Parnaso novísimo de América y en las que hay estrofas tan lindas como esta:

Mis pesares son alegres y mi dicha llanto vierte,
son mis duelos danzarines y mis júbilos son frailes,
yo he sentido en los saraos la amargura de la muerte
y he sentido ante la muerte la alegría de los bailes.

Otra poesía rara es «Los difuntos viejos», que voy a transcribir íntegra, porque bien lo merece:

Yo no amo a los que viven, «putrefacción andante»,
yo busco a los que moran de la ciudad muy lejos,

bajo la tierra y amo la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos.

Cadáveres amigos, que calma semejante
hallar a vuestra calma ¡ni compasión, ni dejos
de las antiguas penas mostrais en el semblante,
que alumbra en los osarios la luz agonizante
del sol, dándole nimbos de cárdenos reflejos!

Oh muerte! Oh paz...! ¡Yo adoro la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos!

Gusta mucho Nervo de las repeticiones y de los ritornelos en los que tiene «especialidad» y hasta diríamos que «exclusividad». Pero justo es confesar que sabe imprimir en ellos una maravillosa melodía que es como una música interior del ritmo. Sus «Rondós Vagos» lo demuestran bien claramente:

Lo recuerdas? una noche sin fulgores, sin bellezas,
el espectro de la ausencia consagraba con su mano
al dolor sin esperanza nuestras pálidas cabezas,
vanas eran nuestras luchas, todo vano, todo vano...
En mi espíritu rebelde suspiraban las tristezas,
las tristezas suspiraban en las cuerdas del piano.

«El metro de doce» es una de las composiciones más originales que he leido. Ella haría también la reputación de cualquier portalira. Su armonía imitativa va marcando las sílabas al describir el dodecasílabo. Es una página magistral de la que puede enorgullecerse Nervo y que debe saborearse con deleite:

El metro de doce son cuatro donceles,
donceles latinos de rítmica tropa,
son cuatro hijosdalgo con cuatro corceles,
el metro de doce galopa, galopa...

Eximia cuadriga de casco sonoro
que arranca al guijarro sus chispas de oro,
caballo que en crines de seda se arropan
o al viento las tienden como pabellones,
pegazos fantasmas, los cuatro bridones
galopan, galopan, galopan, galopan...

Oh metro potente, doncel soberano
que montas nervioso bridón castellano
cubierto de espumas perladas y blancas,
apura la fiebre del viento en la copa
y luego galopa, galopa, galopa,
llevando el Ensueño prendido en las ancas.

El metro de doce son cuatro garzones,
garzones latinos de rítmica tropa,
son cuatro hijosdalgo con cuatro bridones,
el metro de doce galopa, galopa...

En efecto: se ven galopar los bridones en esta poesía de Nervo que es sin duda una composición de gran fuerza descriptiva y de una intensa originalidad.

Las composiciones que siguen en el libro son ya de otro tono menor; algunas pudieran señalarse entre los madrigales más pulidos, como la que dice:

Tan rubia es la niña que
cuando hay sol no se la ve!

y como una preciosa balada puede citarse «Cuando llueve»:

—Ves hija? con ténue lloro
la lluvia a caer empieza...
—Si, padre, y cayendo reza
como una monja en el coro.

estrofa esta que me recuerda un juicio acerca de

este poeta, escrito por otro mexicano, Hormechea: «Para decir algo de este elegido que responde a un sonoro nombre—Amado Nervo—precisa una buena compenetración de sus rimas, exquisitamente luminosas, empapadas de fino sentimiento; rimas sinceras como el lento rezar de las monjas y nacidas de una pulcra inspiración» y es que en la poesía de este tejedor de áuras rimas raras, hay—como ya hemos dicho—mucho de triste y conventual. Nervo es indudablemente un místico, pero un místico a la moderna, que a veces es mundano, pero que siempre muestra su alma transparente donde dejó honda huella la educación, rigurosamente católica que recibiera allá en su niñez y que dejó en su espíritu los refinamientos de un sentimental misticismo, que es el que lleva a sus poesías incomparables. La última poesía de «Jardines Interiores» titúlase «Condenación del libro» y por lo rara—una de las más raras que he leido—creo oportuno reproducir:

EL PRELADO:

Condenamos este libro por exótico y perverso,
porque enciende sacros nimbos en las testas profanadas,
porque esconde bajo el oro leve y trémulo del verso
la dolosa podredumbre de las criptas blanqueadas.

Cierto a veces algo emerge en virtudes misteriosas;
pero es más lo que se abate, lo que cede y se derrumba;
de la noche de estas rimas surgen raras mariposas;
pero son las agoreras mariposas misteriosas
que germinan en la tumba.....

Y por tanto, Nos, Fidelio, por la gracia de la Sede
Pontificia, Obispo *in partibus* de Quimera y Utopia,

decretamos que este libro de tristeza y mofa, quede
relegado a la ignominia y al olvido que precede,
al abismo sin fronteras...

EL POETA:

Del abismo brota el día...

Así termina este bello libro sentimental y de ideas extrañas, al que puede aplicarse oportunamente la frase de Emerson cuando dijo que nada son las ideas si no se convierten en sentimientos.

VI

La aparición de «En Voz Baja», libro publicado por la casa Ollendorff de París en 1909 fué saludada con un primoroso artículo del gran Rubén Darío en «La Nación» de Buenos Aires (11 de Octubre) en el que elogiaba la obra de Nervo con cariñosas palabras. Y decía el maravilloso portalira: «Cuando acaba de ascender en la carrera y el Gobierno de S. M. C. acaba de condecorarle, un nuevo libro de poesías viene a demostrar que el peso del uniforme no impide el vuelo. Indico a Amado Nervo. Ese hombre dulce, de cabeza cristiana, porta una espada decorativa. En nada se opone a la normalidad de las cosas que quien ha nacido para monje concluya sus pacíficos días en el noble y ceremonioso cargo de introductor de embajadores; y substituyan a los ágapes conventuales los áulicos

banquetes, y al untoso *benedictino* el toast bien recortado», y después añadía: «Yo he admirado en Nervo siempre su amor de belleza, su culto misterioso de idealidad. El simbolismo influyó mucho en él. Después, libre su personalidad lírica, fué por todas partes en vuelo y en armonía. Tras largas complicaciones y estéticas, ha llegado a uno de los puntos más difíciles y más elevados del alpinismo poético, a la planicie de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos. Por todo esto, pues, sabeis ya que Amado Nervo tiene mi amistad y mi admiración. Desde "Perlas Negras", desde "Místicas", obras suyas primigenias, simpaticé con su suave idealogía y con su culta sentimentalidad. Oí sus misas,—misas rezadas—con fraternal devoción. Y al llegar a la República Argentina tuve el placer de ser el primero en dar a conocer a mis amigos intelectuales a aquel hermano que hacía cosas muy bellas en la tierra de Moctezuma.» Y decia también Rubén Darío en ese pulido artículo que Nervo era un poeta que había cantado siempre en «voz baja». Cierto. Unicamente, cuando publicó «Lira Heroica» se ha presentado como un lírico épico, de gran fuerza. Las demás veces, siempre ha sido el lírico sentimental y raro, el «personalísimo» cantor de las delicadezas y de las meditaciones, de los jardines interiores «decorados con los primores de su fantasía y en donde cantan pájaros de encanto, exquisitas estrofas...»

Divídese el libro en cuatro partes: «En voz baja»,

«La sombra del ala», «Un libro amable» y «De El Exodo y las Flores del Camino».

Sólo nos ocuparemos de las tres primeras, por haberlo ya hecho del libro titulado con el último epígrafe.

La primera estrofa la dedica el poeta a su madre:

Alma, ven a mi alma sin ruido,
que te quiero decir, así al oido:

Madre, los muertos oyen mejor:
¡sonoridad celeste hay en su caja!
A ti, pues, este libro de intimidad, de amor,
de angustia y de misterio, murmurado en *voz baja*...

Y en esta primer parte del volumen se destaca su popular poesía «Vieja llave...» tan reproducida como elogiada:

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué colgada,
(del estrado a la cancela,
de la despensa al granero)
del llavero
de la abuela,
y en contínuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores,
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió:
solo en un baul de cuero,
desprendida del llavero
esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
¡nada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna
...y sin diente, como una
vieja boca, si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada
pobre llave desdentada,
¿Para qué te he de guardar?

—

Sin embargo tu sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.

Tu sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tu, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,

tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para que te he de guardar?

—

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa obscura,
(¡que en un día de premura
fué preciso vender mal!)

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima y yo
nos dijimos tantas cosas,
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó...

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Es de notar como gusta Nervo de buscar asuntos para sus estrofas en las cosas pequeñas, en las notas, muchas de ellas imperceptibles, que para otros poetas pasan inadvertidas. Cualquier detalle, la más pequeña cosa, evoca a este gran artista una tierna, una emotiva canción. Y siempre aparece el artista de talento de que hablara la célebre escritora peruana *Evangelina* (Z. Aurora Cáceres) al decir: «sus poesías se recitan en los salones literarios y las aplauden gustosos nuestros poetas» pues «poeta

sentimental—según escribió el literato venezolano Jesús Semprún en la revista caraqueña «El Cojo Ilustrado»—sabe poner en sus rimas las más dulces y profundas voces de la pasión, los movimientos del ánima más ricos de ternura, las emociones simples y hondas. Sabe soñar, sabe llorar, y lo que es más meritorio, sabe soñar y hacer llorar. ¿No es la mejor alabanza que podemos consagrarle a un poeta?»

Ciertamente, hoy en día en que tantos malos versificadores entretienen sus ocios en rimar chistes y hacer retruécanos que solo hacen gracia al que los escribe, es digno de las mayores loas un poeta como Amado Nervo que nos hace sentir a través de su sentimiento y que nos hace soñar en sus melodías de ensueños.

¿No vale acaso la emoción que nos produce una página de belleza, más que todos los volúmenes incoloros de esos pseudos escritores? Yo, por mi parte, prefiero los versos de este «cantor extraño de seres idos y de muertas cosas» a toda la literatura que frecuentemente nos sirven no pocas revistas de arte. Y es que en estos versos ingénuos y sencillos, escritos sin artificios ni vana palabrería, asoma siempre su espíritu sutil y exquisito, su alma llena de bondad, porque Nervo, como dijo el joven escritor venezolano Enrique López Bustamante, es un alma candorosa y buena que ha sabido dar a su vida la serenidad de sus versos... Y siendo un alma tan buena y tan mística ¿qué raro es que escribiese

el literato cubano Juan Guerra Núñez, al hablar de los versos de Nervo, las siguientes líneas?: «Antes de conocerle lo bastante, cuando no sabía de él más que por algunos de sus versos, me figuré que sería algún monje refugiado en el convento, decepcionado de la vida, el cual se distraía en hacer esas rimas delicadas y tristes...»

Pero volvamos al libro. ¿Debo señalar cuales son las composiciones que sobresalen en él, después de «Vieja llave»? No; porque tendría que citar una gran parte o casi todas, pues nótase en este volumen una selección exquisita y escrupulosa, que podrá ser casual o producto de la experiencia que logra todo artista con los años. No hay «En voz baja», como en otras, de la primera época de su autor, poesías de más o menos quilates. Todas tienen mérito absoluto y realizan el deseo del poeta, expresado en la primera página del volumen:

«Quisiera, noble hermana,
prender en los encajes
del verso y de la prosa,
el alma triste, arcana,
sutil y misteriosa
que tienen los paisajes...»

D. Miguel de Unamuno consagró un extenso trabajo analítico al libro «En voz baja» y entre otras acertadas observaciones—Unamuno, sobre todo y ante todo es un profundo y admirable observador de los hombres y de las cosas—decía de Nervo: «Su poesía no puede ser popular, no puede obtener

en un momento dado el sufragio de la mayoría. Pero tendrá siempre lo más preciado y es la sucesión de fieles minorías, según aquella palabra de Gounod: la posteridad es una superposición de minorías.» Y es cierto: al vulgo no ha de llegar la poesía refinada de Nervo, que es para espíritus cultos, para almas soñadoras, para paladares delicados y exquisitos, ¿pero que le importa al poeta esa vana popularidad del vulgo? ¿Le importaba, acaso, a Rubén Dario? No. Al contrario; en su obra «Cantos de Vida y Esperanza» abominaba de ese populacho, al decir: «Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero se que indefectiblemente tengo que ir a ellas.»

Claro es que en las muchedumbres también hay, aunque en menor escala, espíritus selectos y para estos espíritus es la poesía delicada de Nervo, que seguramente nunca se preocupó, al escribirla, de la calidad de los futuros lectores que le iba a tocar en suerte.

«Nervo no habla a la masa, sino a cada uno de sus lectores y le habla *en voz baja,*» añade Unamuno. En voz baja, si; como se habla en los claustros, como hablan las almas, como se reza ante una imagen. Y en voz baja tienen que ser leidas, porque la voz alta debe quedarse para la lírica épica, para los versos de Chocano y de Rueda, para declamar, por ejemplo, el *Canto a Morelos* del propio Nervo, tan distinto, tan completamente contrario a los versos de este libro.

Decía un distinguido escritor mexicano, Ramón

López Velarde, al escribir su opinión sobre «En voz baja» que, para leer sus versos, era menester limpieza absoluta de cuerpo y de espíritu y que había que leerlo en lugar apartado, pues con ellos había que estar a solas como con la mujer amada...

Muy oportuno hallamos el símil, porque para saborear versos tan delicados y pulidos como «Ruego», «Tal vez», «Es un vago recuerdo», «La bella del bosque durmiente» y todos, en fin, los que integran el libro, ¿qué mejor que la soledad, donde ningún rumor extraño turba la diafanidad de su ritmo y de su melodía...?

Nervo no pertenece a ninguna escuela literaria. Según el mismo ha confesado no tiene otra escuela que la de «su honda y perenne sinceridad». Es decir, que sus versos brotan expontáneos como el rosal dá sus rosas, coma dan su aroma las flores. Por eso en vano intentaría una crítica malévola encontrar semejanza ni reflejos en composiciones tan sencillas—la sencillez encarna el verdadero arte—como «Entonces», «Deprecación a la nube», «Novísima verba» y «Yo estaba en el espacio»... poesías que de haberlas firmado Julián del Casal o Gutiérrez Nájera hubieran aumentado la fama que tan justamente conquistaron.

De la segunda parte del libro «La sombra del ala», que la forman seis composiciones, se destaca a mi juicio la titulada «Muerta», en que hay estrofas tan sentidas como estas:

En vano entre la sombra mis brazos, siempre abiertos,
así quieren su imagen con ilusorio afán.
¡Que noche tan callada, que limbos tan inciertos!
¡Oh padre de los vivos, a donde van los muertos,
a donde van los muertos, Señor, a donde ván?

....

Acaso en una playa remota y desolada,
enfrente de un oceano sin límite que está
convulso a todas horas, mi ausente idolatrada
los torvos horizontes escruta, con mirada
febril, buscando un barco de luz que no vendrá!

¡Quien sabe por que abismos, hostiles y encubiertos,
sus blancas alas trémulas el vuelo tenderán!
¡Quien sabe por que espacios brumosos y desiertos!
¡Oh padre de los vivos, a donde van los muertos,
a donde van los muertos, Señor, a donde ván!

....

La tercera parte de «En voz baja», se titula «Un libro amable» y la íntegran 16 composiciones, entre las cuales hay este delicioso madrigal:

A CARMEN

Tu nombre es un verso,
dos versos tus ojos,
mil versos anidan de tus rizos negros
en el alboroto.

Tus dieciseis años son diez y seis versos:
dos octavas reales que cantan en coro,
y tus frescos labios, tus primaverales
labios de cerezas, un dístico rojo.

¡Feliz quien te diga «mi Carmen» y firme
tan lindo poema con besos gloriosos!

Hay también otras notables páginas en esta parte del libro, entre ellas «Mis Muertos», evocación que termina con esta estrofa:

Mientras yo viva vivirán mis muertos,
y oiré en la sombra que me place tanto,
su voz sutil que me murmura «¡gracias!»
su ténue acento que me dice: «¡Amado!»

Otra composición digna del más vivo elogio es la titulada «Epitalamio» y que dedica Nervo a Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII, con motivo de su boda. Esta poesía fué leida en el Ateneo de Madrid en la noche del 28 de Abril de 1906 y por el mérito que encierra justo es reproducirla:

—

«Señor, todos los cuentos cuya ingénua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
contaban de las bodas de un Rey adolescente,
noble como una espada, como un Abril rïente,
con la bella Princesa de una isla lejana,
cándida y rubia como la luz de la mañana.

Y estampas luminosas mostraban ya a los dos
recibiendo en el templo la bendición de Dios,
ya en una perspectiva de ensueño, a los fulgores
del sol, los milagrosos cortejos de colores:
Infantas de pureza lilial y ojos azules
cubiertas de brocados, de joyas y de tules,
abades, con su adusta comunidad, vestida
de blanco y negro (sombras y luz... ¡como la vida!)
Señores y Embajadas, radiantes de oro y plata,
morados Arzobispos o Nuncios escarlatas.

Los cuentos terminaban con frases siempre iguales,
siempre de esta manera: «Y hubo fiestas reales;

vinieron muchos príncipes de países extraños,
trayendo cada uno magnífico presente,
y la Princesa rubia y el Rey adolescente
vivieron muy felices y reinaron cien años.»

—

Señor: Rey de una tierra de clásica hidalguía
en donde, en otros tiempos, el sol no se ponía;
Rey de esta madre Patria que miran como hijos
innumerables pueblos, los cuales tienen fijos
hoy en ella sus ojos obscuros, con amor;
descendientes de claros Monarcas, oh Señor,
en vos miramos todos los hijos de la Grey
hispana al joven símbolo de la raza. Sois Rey
aún, en cierto modo, de América, como antes:
Rey, mientras que el idioma divino de Cervantes
melifique los labios y cante en las canciones
de diez y ocho Repúblicas y cincuenta millones
de seres; mientras rija las armas y la mano
el ideal austero del honor castellano.

Rey, mientras que las vírgenes de esa América mia
lleven en sus miradas el sol de Andalucía;
Rey, mientras que una boca, con celeste reclamo,
pronuncie en nuestra lengua sin par, un «¡yo te amo!»;
Rey, mientras de unos ojos o de unos labios brote
ya el llanto, ya la risa, leyendo a «Don Quijote»;
Rey, mientras que no olviden al palpitar las olas
el ritmo que mecían las naos españolas;
Rey, mientras haya un héroe que oponga el firme pecho
como un baluarte para defender el derecho;
Rey, como cuando el manto de torres y leones,
cobijaba dos mundos como dos corazones;
Rey, en fin, en las vastas mitades del planeta,
mientras haya un hidalgo y un santo y un poeta!

—

Señor, aquesta rima que os trae mi labio ufano,
que siempre se gloría hablar el Castellano,
es de mi bella patria la ofrenda perfumada,
el lírico homenaje de mi México amada,
de México, sirena que en dos mares se baña
y a quien nuestros abuelos llamaron «Nueva España»,
porque en ella encontraron la imagen de este suelo:
¡la misma tierra ardiente y el mismo azul del cielo!

—

Señor, como en los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
celebrais vuestras bodas, vos, Rey adolescente,
noble como una espada, como un Abril rïente,
con la bella Princesa de una isla lejana,
cándida y rubia como la luz de la mañana.
¿Qué desear ahora para vuestro contento
sino que todo acabe tan bien como en un cuento,
y pueda repetirse con las sacramentales
palabras de los cuentos:
«Y hubo fiestas reales;
vinieron muchos príncipes de países extraños,
trayendo cada uno magnífico presente,
y la Princesa rubia y el Rey adolescente
vivieron muy felices y reinaron cien años.»

VII

Asombra verdaderamente la labor que realiza Amado Nervo. Y asombra doblemente porque no es uno de tantos literatos y poetas que viven exclusivamente consagrados a su arte. Nervo tiene que anteponer a él tareas perentorias a que le obligan sus deberes diplomáticos, en la Legación de México

en Madrid. Y a pesar de sus quehaceres constantes, de las preocupaciones que le acarrea su alto puesto, de todo ese trabajo diario, muchas veces monótono, como todo lo que constituye obligación y necesidad imprescindible, aún le queda tiempo para «soñar»... para soñar un poco y tejer estos admirables libros que va publicando paulatinamente y en los que vierte toda la intensidad de su alma inmensa de gran artista del Ritmo. Y como para él, como para todos los verdaderos escritores, publicar sus producciones es una necesidad, no se hizo esperar mucho, después de «En voz baja», la aparición de un nuevo volumen, que le publicó la editorial «Renacimiento» de Madrid, con el adecuado título de «Serenidad», y digo adecuado porque nunca mejor que ahora—a pesar de que siempre tuvo acierto para los títulos—supo bautizar su obra, si se tiene presente que su poesía, generalmente, se desliza serenamente, sin complicaciones, y posee la augusta serenidad de todo lo alto y excelso.

¿Es acaso este tomo de versos el más «sincero» de Amado Nervo? Yo creo, al menos, que sin ser su autor uno de tantos, de los que escriben por escribir, o lo que es peor, de los que escriben *sin sentir,*—fonógrafos de la lírica pudiéramos llamarlos gráficamente—en «Serenidad» ha puesto, más que en sus anteriores páginas, todo su hondo sentir, todas sus quimeras, todas sus ilusiones, todos sus anhelos... y siempre, al burilar sus estrofas—que las estrofas de Nervo tienen mucho de lapidarias—

alzando la vista al cielo (siempre aparece el místico de «Místicas») y desdeñando todo lo pequeño, tranquilo, risueño y enigmático, hilando la hebra de oro del ensueño en la rueca de la melancolía...

En siete partes ha dividido el autor esta obra: I) «Apaciblemente...»; II) «Rimas Irónicas y Cortesanas»; III) «Amor»; IV) «...Ad Astra»; V) «Piedad»; VI) «Penumbra; VII) «La amada inmóvil».

Al comenzar la primera parte, el poeta en «Mediumnidad» declara humildemente que si sus rimas fueran bellas no estaría bien que se enorgulleciera de haberlas escrito porque, en realidad, nunca han sido suyas: se las dicta al oido... ¡no se *quien!* Y añade:

Yo no soy más que el acento
del arpa que hiere el viento
veloz;
no soy más que el eco débil,
ya jubiloso, ya flébil
de una voz;
quizás a través de mi
van departiendo entre si
dos almas llenas de amor,
en un misterioso estilo,
y yo no soy más que el hilo
conductor...!

Estos versos tan sencillos, tan ingénuos, tan llenos de poesía—y justo es decir que no todos los versos que leemos a diario están llenos de esta esencia tan necesaria para que merezcan el calificativo de «buenos»—me han traido a la memoria aquellos otros de Antonio Grilo, el famoso cantor

de las «Ermitas de Córdoba», en los que también humildemente decía (aunque debe entenderse en ellos lo contrario):

> No soy el áura sonora
> que en inútil embeleso
> busca el perfumado beso
> de la flor que la enamora;
> no soy la bruma incolora
> de la yerta tradición,
> ni la cándida ilusión,
> ni los sueños de la cuna,
> ni el tibio rayo de luna
> que duerme en el torreón.....

Y después de leer ambos fragmentos hay que afirmar que achaques de poetas fueron siempre el querer aparecer desprovistos de aquellas cualidades que poseían en alto grado; aunque cierto es que no se peca por modestia si la modestia es aparente ingenuidad envuelta en el fino y transparente cendal de la bella poesía, como sucede en los casos precedentes.

«La Montaña» es una de las composiciones más hermosas, entre todas las del libro, por sus delicados pensamientos, por su honda filosofía; parece la poesía de un monje, de un buen fraile pensador y meditabundo:

> Desde que no persigo las dichas pasajeras,
> muriendo van en mi alma temores y ansiedad;
> la vida se me muestra con amplias y severas
> perspectivas y siento que estoy en las laderas
> de la montaña augusta de la serenidad...

Y desde esa altura comprende el poeta el vasto sentido de las cosas; escucha en silencio lo que en redor de él murmuran las piedras, los árboles, las ondas, las áuras, las rosas...; advierte que le cercan mil formas misteriosas que no presintió nunca; distingue un sello sobre todas las frentes; nota los signos que le hacen las estrellas y las flores; ve la Esfinge ayer adusta, hoy con ojos serenos y sus labios, antes pródigos de canciones, experimentan deseos de dar ánimo a quien desmaya, de verter bendiciones, de ser caudal perenne de aquellas expresiones que saben consolar... y es todo porque se siente que está en la ladera de la montaña augusta de la serenidad...

El pensamiento no puede ser más grandioso y es digno de la pluma de un lírico de la altura y de los quilates de Amado Nervo.

«Venganza» es una linda miniatura, un madrigal precioso, una de las más selectas páginas de «Serenidad»:

Hay quien arroja piedras a mi techo y después
hurta hipócritamente las manos presurosas
que me dañaron...
Yo no tengo piedras, pues
sólo hay en mi huerto rosales de olorosas
rosas frescas, y tal mi idiosincrasia es
que aun escondo la mano tras de tirar las rosas...

«Renunciación» como «En la Montaña» es una composición de un gran fondo místico: en ella el poeta confiesa que las angustias nos vienen del deseo y que el eden consiste en no anhelar; en la re-

nunciación completa, irrevocable de toda posesión, pues quien nada desea donde quiera está bien...

¡Que honda filosofía encierra este pensamiento! Oh! ¡Si la tuviéramos presente como veríamos alejarse poco a poco todos esos fantasmas del deseo que nos atormentan y nos persiguen! No desear nada... no anhelar nada... renunciar a todo... ¿Hay algo más hermoso que esto, si nos fuera posible realizarlo, para pasar la vida sin inquietudes, sin zozobras, sin desasosiegos...? El deseo... ah! Ya lo dice el poeta:

...es un vaso de infinita amargura,
un pulpo de tentáculos insaciables, que al par
que se cortan, renacen para nuestra tortura.
El deseo es el padre del esplín, de la hartura,
¡y hay en él más perfidia que en las olas del mar!

Mas, desgraciadamente no llega la virtud en los tiempos modernos a conformarse con beber el agua con la mano; con volver la espalda al dinero; con amar al Arcano sobre todas las cosas... Si existiera alguien así entonces si que sería el victorioso, el fuerte, el soberano y no habría paz comparable con su perenne paz.

Noto, repito, en este libro de Nervo una gran filosofía que no he hallado en sus obras anteriores; en «Serenidad»—no en vano pasan los años—el poeta habla con gran experiencia de la vida y mira las cosas sin los apasionamientos de la juventud fogosa; ahora en él todo es calma, meditación, reflexión...; por eso hallo un doble mérito en este volu-

men que, sobre las cualidades estudiadas en los anteriores, posee la inapreciable de un gran fondo digno de su forma. Pudiera decirse que «Serenidad» es un vaso de oro repujado que encierra el néctar de una admirable filosofía, a veces algo triste..., pero para esto ya ha dicho el poeta:

Lector, tal vez murmures (y tal vez con verdad)
después de que las páginas de este libro leiste,
que mi serenidad es un poquito triste...
¿No es así, por ventura, toda serenidad?

El notable literato chileno Francisco Contreras, ocupándose en el «Mercure de France» de Nervo, a propósito de este libro, decía: «Muerto Rubén Darío, Nervo es tal vez quien cuenta con la obra lírica más considerable en la poesía castellana actual. En su libro *Serenidad* nos aparece en ese estado de quietud espiritual que los antiguos consideraban como el último grado de la sabiduría».

El juicio es cierto y esta evolución operada en lírico del talento de Nervo le ha llevado a la perfección necesaria para poder ostentar el puesto de honor que hoy ocupa, después de la sentida muerte de Darío.

«Rimas Irónicas y Cortesanas» lo forman composiciones de estilo distinto a las contenidas en la anterior serie y podrían catalogarse entre otras que figuran «En voz baja», por su estilo. «Discreteos» es una de las mejores de esta sección y de ella es esta estrofa:

¡Como creer, marquesa, que vuestro afán responde
a mi afán! ¿Estais loca...? Ni siquiera soy conde,
ni snob, ni deportista. Si voy a los salones,
recórrolos furtivo, como en discreta fuga,
luciendo mi pechera sin mácula ni arruga
y mi solapa virgen de condecoraciones...

Pero aquí el poeta no ha dicho toda la verdad... porque si no ostenta su pechera condecoraciones no es por falta de ellas, sino porque, modesto siempre, no gusta de lucirlas, pues justo es decir, ya que se habla de ello, que hasta la preciada Cruz de Alfonso XII posee Amado Nervo...

En cuanto a que no ostenta ningún título nobiliario si es cierto, también lo es que puede lucir orgulloso otro que vale más aún, cuando se tiene talento: el de poeta (los poetas, según la feliz expresión de Pedro C. Dominici, ya consignada anteriormente, son príncipes: claro es que los verdaderos poetas, pues no lo son todos los que escriben versos, como comprenderá el discreto lector) y además Nervo puede llamarse, repetimos, poeta de la aristocracia, como dijo Rubén Darío al escribir en la revista «Ateneo» de Madrid (1909): «es un poeta aristocrático...; su música es de cámara... a él se le ve sonreir, y, como de su tiempo, esa sonrisa es triste... Hombre de tranquilidad, con instintos de coleccionista y ciertos gustos de abad...» a lo que respondía el sabio filólogo D. Julio Cejador—comentando este párrafo en un artículo que dedicó a Nervo en «Nuevo Mundo» (23 de Febrero de 1917): «lo de *la sonrisa triste* creo yo que es propio de la poesía mexica-

na y no menos lo de la *tranquilidad* y el *orden*. Acaso no sean menos mexicanos esos *ciertos gustos de abad*, si con esta evocadora frase quiso Rubén indicar ese misticismo vago, semipanteista, que hace soñar a los poetas mexicanos y es la nota particular de Amado Nervo.»

Y volviendo a «Serenidad». En la misma segunda serie hay otras dos poesías que merecen especial atención, a mi juicio: «París» y «A un galófobo».

«París» es una linda serenata que canta el poeta a la ciudad bien amada, a la ciudad de sus días risueños, llenos de juventud, de ensueños y de ansias de amor...; a la mágica ciudad de la luz donde moran las mujeres «prometedoras de un bien que no tiene par...»

En «A un galófobo» también demuestra Nervo su cariño a Francia, cuando encarándose con un escritor ingrato, que indebidamente demuestra desdén por este país, le dice:

> Así, a pesar de todo: tu orgullo, tu arrogancia,
> tu galofobia cáustica, tu mordaz acritud,
> el oro de tus libros es buen oro de Francia
> y lo tuyo... lo tuyo, sólo es la ingratitud!

En la serie «Amor» hay otras poesías dignas de encomio por sus delicados asuntos. Son a mi modo de ver las más salientes «El Secreto», «El Viejo Palacio» y «Una Española».

«El Secreto», de estilo becqueriano, a pesar de su pensamiento gastado, está desarrollado con verdadero arte y termina con unos primorosos renglones:

Hay en tus ojos azules
un gran secreto escondido,
y hay al mirarte, Señora,
una pregunta en los mios...

¿Cual es la pregunta? ¿Cual es el secreto?
Yo lo se de sobra pero no lo digo.
Tu bien que lo sabes, pero te lo callas...
Digámoslo entrambos, si te place, a un mismo
tiempo y de manera que nadie lo escuche:
con los trémulos labios unidos...

«El Viejo Palacio» es un cromo lírico, que está pidiendo «a voces» el complemento de una bella ilustración:

Sobre el viejo Palacio de los Reyes de España
vierte, místicamente, su pàlidez la luna
impregnándolo todo de un éxtasis y de una
paz que alivian al alma, pensativa y huraña.
Sobre el viejo Palacio de los Reyes de España
vierte, místicamente, su palidez la luna...
....
Oh ven tu, la Escogida, la que fué cual ninguna,
celestial! Ven al seno de mi amor, que no engaña,
y a la noche de plata que nos envuelve, una
su temblorosa noche de seda, tu pestaña.

Besa, místicamente, mi faz, bajo la luna,
junto al viejo Palacio de los Reyes de España...

En los versos «Una Española» el poeta evoca a la mujer de nuestra patria, esa mujer de tez mate, de obscura cabellera, de ojos negros, la figura típica y arrogante que siempre fué inspiración de los poetas, y a esa mujer—Pilar, Carmen o Lola—pide el poeta un cariño sosegado, fiel, sumiso...; que sepa poner

en su ventura «cierto lánguido y ténue medio tono»... Una española, en fin, que tenga mucha paz en su alma pura, mucha luz en sus ojos y

un timbre en el reir, de sevillana,
y un ritmo en el andar, de malagueña...

Pero desea aún más el poeta—todos los poetas son insaciables—: desea que esta beldad viva en un paraje rodeado de íntimo huerto, y allí, gozando su belleza morena, mientras escucha el oro de su voz, pasar la vida mansa, serena, honda, viendo que ella lo mima, que es muy buena, que reza un poco y que lo quiere mucho.....

Nunca estuvo Nervo más inspirado al evocar a una mujer española y ¡son ya tantas a las que ha cantado! ¡Si pudieran contarse los albums de damas elegantes y aristocráticas de Madrid que poseen pulidos versos de este poeta!

En «...Ad Astra» hay una rara poesía: «El Pájaro Milagroso», en el que nuestro autor describe un aeroplano (después de un concurso de aviación) cuya máquina voladora le sugiere hondos pensamientos. Al final de ella dice el poeta:

¡A vivir! ¡A volar! ¡borremos las fronteras!
Gobiernos, vanamente quereis hacer un óbice
de lo que es un gran signo de paz entre los pueblos.
No mancilleis al pájaro celeste con misiones
de guerra: el las rechaza, nació para el mensaje
cordial y siembra besos de paz entre los hombres.

Otra rara composición de esta serie es «El Color de la Luna», cuyo color—dice el poeta—nadie lo

sabe, aunque hace miles de años que los tristes la miran y que los novios suspiran de pena o placer a su luz oportuna...; y también muy bella poesía la titulada «Voces», de gran originalidad y que es un diálogo entre Dios, Sirio y Coro de estrellas, los vientos, los mares, la tierra y el hombre.

En «Piedad» hay una poesía digna de la pluma de Mosén Cinto Verdaguer. Al leerla nos hemos acordado del gran lírico de «Canigó»: tal es la grandeza de su pensamiento. Nos referimos a «Hospitalidad» que voy a reproducir íntegra porque es delicadísima:

Cristo, la ciencia moderna,
te arroja sin compasión
de todas partes: ¡no tienes
donde residir, Señor!

Las teorías positivas
y la experimentación
materialista, no dejan
sitio en los orbes a Dios.
En cuanto al alma del hombre,
a piedra y cal se cerró
hace tiempo a todo ensueño.
En el umbral, la Visión
muerta de angustia, de frio
y de soledad quedó...

En las moradas humanas
ya tan solo caben hoy
la vanidad, el deseo
voluptuoso y la ambición.

Ya no tienes casa, Cristo,
...¿Mas como has de irte por

esos caminos, si apenas
has sonado el aldabón
de una puerta, te la cierran
con estruendo y ronca voz?

El pájaro tiene nido,
cubil el raposo halló
y tu en cambio vas expuesto
a la intemperie, al horror
de las noches congeladas,
a tanto abandono...
Yo
no valgo dos cuartos, Cristo;
mi corazón (tu mejor
que nadie lo sabe) tiene
poco espacio y poco sol;
pero que le hemos de hacer
si en esta comarca no
hay otro... ¡Ven y permite
que confuso, con temblor
de vergüenza, yo te hospede
en mi propio corazón!

En «Penumbra» nos dice el poeta sus tristezas, sus dudas, sus pasados sueños, ecos del ayer marchito que se le aparecen como sombras, como fantasmas, que, en vano, quiere olvidar. Así dice en la primera poesía de «Penumbra»:

¡No conturbeis mi espíritu
con vuestras añoranzas!

Pero las añoranzas no se apartan de su memoria, pues en «Suavidad» recuerda su tristeza de ayer, hosca, importuna; en «De todo mi pasado» observa que de todas sus penas y alegrías sólo le queda una

cosa: remordimiento; en «Miedo» huye del misterio y no desea saber nada de otros mundos; en «Tedio» declara que tiene el peor de todos los cansancios: ¡el cansancio de si mismo! y... ¿para qué seguir citando...? Sólo desaliento, duda, tristeza, flota en esta sección. ¿Qué pesimismo cruel influiría en el poeta para inspirarle composiciones tan amargas...?

La última parte del libro, acaso la más sentida y la mejor cantada, se titula «La Amada Inmóvil»—versos a una muerta—que más tarde habrían de formar una obra completa con ese título, y cuya publicación anunció su autor para 1915 (s. D. q.), pero que no llegó a aparecer.

Tenemos pues en esta serie sólo algunas de las composiciones que iban a formar el volumen anunciado y por estas diez y siete podemos deducir lo que hubiera sido el conjunto. Basta decir que el poeta canta sus intimidades, sus amores desgraciados... y nunca aciertan los escritores tanto como cuando refieren cosas «vividas». El recuerdo de la mujer adorada no se aparta del espíritu de nuestro lírico: el le persigue, le acompaña y le obsesiona... es un dolor contínuo y torturante—porque todo recuerdo amargo es una tortura—que el poeta le ofrece a Dios, a quien le dice:

Tu me diste un amor, un solo amor,
un gran amor...
Me lo robó la muerte
¡y no me queda más que mi dolor!
Acéptalo, Señor,
¡es todo lo que puedo ya ofrecerte!

En «Gratia Plena» evoca a la Amada: su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar, su ingenio, su ingenuidad, su alma... y tras de exaltar sus encantos exclama:

> ¡Cuanto! Cuanto la quise! Por diez años fué mia;
> ...pero flores tan bellas nunca pueden durar!
> ¡Era llena de gracia como el Avemaría
> y a la Fuente de Gracia de donde procedía,
> se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!

En «Puella Mea» dice que sólo tenía la alegría santa de su poesía y del querer de su Amada, y pregunta a ella: ¿En qué estrellas estás? ¿En qué espacio vuelas? ¿Cuando volverás?

En «Que mas me dá» el poeta se muestra escéptico: muerta su amada, nada le importa la ciudad loca, la mar airada, el valle plácido... con ella todo ha muerto para él; sólo desea ya un rinconcito apacible y un libro que lo conforte en su pena...

En «Metafisiqueos» dice que no ha de haber abismos que no ahonde su amor y que ha de hallarla no importa donde, no importa cuando... pero la hallará...!

En «Unidad» invoca el poeta a su madre, a quien tampoco olvida y exclama:

> Ya juntas vivireis en mi memoria,
> como oriente y ocaso de mi historia,
> como principio y fin de mi sendero,
> como nido y sepulcro de mi gloria:
> ¡pues contigo nací con ella muero!
> Ya vivireis las dos en mis amores
> sin jamás separaros:

pues como en un matiz hay dos colores
y en un tallo dos flores,
en una misma pena he de juntaros!

En «El fantasma soy yo», composición que tiene por lema estos versos de Victor Hugo:

«Vivants vous êtes des fantomes,
cest nous qui sommes les vivants»

dice el poeta que su alma es una princesa metida en su torre, una triste diosa que aprisionó el cuerpo y el alma de *Ella* es un ala magnífica libre de toda traba; por eso exclama: «Tu no eres el fantasma, el fantasma soy yo».

«Me besaba mucho» es una poesía deliciosa:

«Me besaba mucho como si temiera
irse muy temprano... Su cariño era
inquieto, nervioso.
Yo no comprendía
tan febril premura: ¡mi intuición grosera
nunca vió muy lejos!
Ella presentía.
Ella presentía que era corto el plazo;
que la vela, herida por el latigazo
del viento, aguardaba ya, y en su ansiedad,
quería dejarme su alma en cada abrazo,
poner en sus besos una eternidad.

En «Aquel olor» pregunta a la Amada: ¿En qué cuento te leí? ¿En qué cuento te soñé? Y recordando como nació aquel amor dice que hubo al brotar, cuando se tendieron las manos, «cierta emoción *anterior* venida de lo lejano»; que por algo le ha quedado, «además de sus caricias, una misteriosa

esencia sutil de rosa, que viene de un siglo atrás».

«Ya todo es imposible». Dice nuestro lírico en la siguiente composición. «Dios no ha de devolvértela porque llores» y reflexiona tristemente pensando que mientras gime y recorre la casa, *ella* está pudriéndose en su agujero...

«Que bien están los muertos», exclama luego, meditando en que ya sin calor ni frio, sin hastío ni tedio nada sufrirán; «Que bien estás, mi amor, exceptuada de la vejez odiada» prosigue y piensa que los pájaros poetas le cantarán sus trovas a la ya inmortalmente joven»;

...los pájaros poetas
que moran en las quietas
tumbas, y en la mañana
donde la muerte anida,
saludan a la vida...

Sigue un soneto en el que rememora los diez años que duraron sus amores, espacio de tiempo pequeño —dice el poeta—para la vida de una estrella, pero una eternidad para el triste amante que encontró la mitad de su alma en el camino y se enamoró de ella...

«Bendición a Francia» viene después, porque Francia le dió su amor. En Paris, inmenso y cordial, se encontraron los dos enamorados y por eso, él, agradecido dice:

Por esa mujer noble, tuyo es, Francia querida,
mi reconocimiento; pues que merced a ella
tuve todos los bienes: el gusto por la vida,

la intimidad celeste, la ternura escondida
¡y la luz de la lámpara y la luz de la estrella!

Luego cuenta al poeta los «Seis meses» que lleva ya de muerta su Amada. Y en un arranque de ternura le dice, que si el hubiera muerto nada hubiera burlado su deseo febril de ir por las noches a besarla en la frente, de bajar con la luz de un astro zahorí a decirle al oido «no te olvides de mi».

«Por esta selva» va buscando el poeta a la princesa que se le perdió; por esta selva, donde jamás penetró el sol, la busca, entre los árboles copudos, entre las lianas verdinegras, entre las rocas, y la soledad y la penumbra...; pero todo es en vano, y él con el alma opresa, se halla enmedio de esa selva, enamorado de una princesa que se perdió... ¡tal vez por una eternidad!

«Un signo». Aquí el trovador se dirige a la eternidad y le pide le devuelva lo que le ha sustraido; al abismo le pide le restituya lo que su hondura sorbió; y a la Esfinge también le pide que abra su oido y a la noche obscura que se compadezca de él... y por último, por piedad le ruega al lucero ignoto en que ella mora, que le haga un signo de luz.

Termina el libro con «La Santidad de la muerte», que llenó de paz el semblante de la nunca Olvidada, a la que ya no puede ver sino en el sosiego inerte de aquel instante: en el ataud exiguo a la luz de las ceras... Y esa visión no se ha apartado aún de la mente del poeta; no. Así el lo confiesa cuando dice:

À pesar de tanta pena
como desde entonces siento,
aquella visión me llena
de blando recogimiento
y unción... Como cuando suena
la esquila de algún convento,
en una tarde serena.

Aquí termina el libro «Serenidad» y la serie de poesías «La Amada Inmóvil», pero yo conozco otra composición de Nervo, que leí en no recuerdo que periódico americano y que por pertenecer a esa serie de los «Versos a una muerta» voy a reproducir, porque es bellísima:

LA TRENZA

Bien venga, cuando viniere,
la Muerte; su helada mano
bendeciré si me hiere,
¡He de morir como muere
un caballero cristiano!

Humilde sin murmurar,
oh, Muerte, me he de inclinar
cuando tu golpe me venza;
...pero déjame besar,
mientras expiro, su trenza.

La trenza que le corté
y que, celoso, guardé
(impregnada todavía
del sudor de la agonía),
la tarde que se me fué!

Su noble trenza de oro,
amuleto ante quien oro,

ídolo de locas preces,
empapado por mi lloro
tantas veces... tantas veces!

Deja que, muriendo, pueda
acariciar esa seda
en que vive aún su olor...
¡Es todo lo que me queda
de aquel infinito amor!

...Cristo me ha de perdonar
mi locura, al recordar
otra trenza, en nardo llena,
con que se dejó enjugar
los pies, por la Magdalena.

VIII

«Elevación» es la última obra—hasta ahora—del poeta. Mucho más reducida, en volumen, que «Serenidad», contiene sesenta y seis composiciones, comprendiendo la obra la labor del autor desde Enero de 1914 a Diciembre de 1916, es decir dos años líricos, bien aprovechados por cierto, poéticamente, pues no hay en todo el libro una página de mérito escaso.

En la primera parte del libro he hallado composiciones verdaderamente hermosas, aunque en el resto de la obra se conserve el mismo estilo y la misma exquisitez y elevación de pensamiento. Y como estudiar todas sería tarea muy extensa, basta sólo, a mi juicio, con expresar mis impresiones de lectura acerca de las que más me han gustado.

En «Primera página» invoca el poeta al Arcano—a donde desea subir; a la noche—de quien desea la luz y a la Vida, a quien pide más tiempo para escalar la nieve perpetua donde el sol no tiene velos. El poeta desea subir a donde está el INCREADO, en silencio, ¡mirándose en si mismo!

En «Jaculatoria a la Nieve» desarrolla un pensamiento de estremada delicadeza al decir que, inmaculada y misteriosa, trémula y callada, parece que la nieve, mudamente, reza al caer... El desea que su alma se vuelva fúlgida como la nieve, blanca, silenciosa y fria... y pensamos nosotros ¿no son así, también, sus canciones, fúlgidas y blancas como la nieve...?

En «Noche» canta a la que es madre misteriosa de todos los génesis, madre portentosa de las almas excelsas; madre de todos los soles y mundos... y le dice en un arranque de exaltado lirismo:

Sean mis pupilas espejo que copie tus orbes;
sea tu silencio sutil comunión de mi vida;
sean tus arcanos divino aguijón de mi mente;
sea tu remota verdad, tras la tumba, mi herencia...

No se han dicho, en verdad, modernamente, cosas más bellas de la que es «piélago en que tiemblan los *fiats* de todas las causas». No en vano Nervo es un enamorado de la noche, que bien lo demuestra cuando, en sus horas de reposo, de recogimiento y meditación, con su anteojo de gran alcance, se pone a escrutar los misterios del cielo, desde la ventana de su cuarto de trabajo...

En «Resolución» el poeta habla a su alma:

Alma, tienes por fuerza que alcanzar en la vida
el ideal sublime que a seguir te convida
por entre breñas ásperas...

y le dice que, en vano, recela del dolor; que sus propósitos son como dos espuelas que le harán sangre... Y la estimula a que siga adelante, a que contemple allá lejos la cima de záfir, a donde ha de llegar antes que la jornada termine... Y el poeta dice a su alma que no espere piedad de él; que ha de sonreir al cruel enemigo que ayer le hincó su dardo y, que por cada espina que se le clave debe devolver una rosa. Y aquí el poeta aconseja el ejemplo del viejo proverbio que dice: «se como el sándalo que perfuma a quien le hiere». Devolver bien por mal: no hay ciertamente consejo más grande en la vida!

En «Lugar común» dice Nervo:

Lugar común seas loado por tu límpida prosapia...

y cuanta verdad hay encerrada en esta frase! ¡Porque si es cierto que no existe nada nuevo en la vida, también es verdad que las expresiones dichas por cien millones de bocas siempre serán de actualidad cuando se exclama «Dios mio», «madre mia» o cuando a la mujer predilecta se le murmura al oido «yo te amo»...! Y sin estas frases vulgares, repetidas a cada instante, ¿qué sería la vida?...

«Hoy he nacido» titula la siguiente poesía. Y en ella nos díce que despertar es nacer al nuevo día,

es volver al mundo que abandonamos la noche anterior en que morimos al quedar dormidos...

«Vamos, pues, a vivir un vivir puro,
un vivir nítido.
Ayer ya se perdió: ¿fuí malo? ¿bueno?
...Venga el olvido,
y quede sólo de ese ayer, la esencia,
el oro íntimo
de lo que amé y sufrí mientras marchaba
por el camino...»

Sí; olvidemos el ayer, sobre todo si este fué triste y sólo nos trajo sinsabores y desilusiones; olvidemos el pasado sobre todas las cosas, y en cambio pensemos en el mañana, agradeciendo a Dios el haber nacido hoy...

«Renombre». El poeta lo desprecia porque es humilde en su grandeza—todos los humildes son grandes—pero él no desdeña al poeta, porque, al contrario, ya le aureoló hace muchos años, cuando la Fama, esa dama esquiva para tantos que la persiguen sin descanso, le concedió sus favores. Nó; el renombre no puede olvidarle, ni porque el haga ruido ha de alejarse de su lado Dios, único bien...

En «Todo yo» dice el poeta que el es todo fe y amor y que su vida es su mejor argumento. ¿Pero, acaso, no lo dicen también sus versos? No en vano amó mucho, como lo demuestran sus canciones; no en vano aprendió la gran ciencia de la vida en el libro amargo del sufrimiento. Amar es sufrir: esto es un axioma.

«Enséñame el camino». Tal dice el poeta a la

hermanita de tocas blancas «que irradian un fulgor de nieve pura entre la sombra de la estancia»...

Enséñame, hermanita,
enséñame el camino
para llegar a Dios...

así dice humildemente, pero es que se olvida que en sus estrofas se eleva muchas veces *a El,* sin necesidad de preguntar la senda que hay que seguir...

«Fides». Es una de las composicionos más hermosa de la obra. Con la fe todo se alcanza —dice Nervo.—Y añade: No debemos abandonar nuestro esfuerzo mientras haya un poco de esperanza de vencer en la pelea. La fe es cierto que todo lo puede y el sino es vulnerable ante su mágico poder, pero de todos modos bueno es seguir su consejo y cerrar los ojos y arremeter con fe si es mucho el horror de los fantasmas que vemos.

«Amable y silencioso». Amable y silencioso como rayo de luna: así nos aconseja que marchemos por la vida y que la sonrisa sea elogio, respuesta, objeción, comentario, advertencia y misterio... Oh! ¡En la sonrisa está el secreto de las grandes almas! Pero yo aquí me permito peguntar al poeta: ¿Como sonreir cuando el corazón llora?

«El Milagro». Aquí el poeta nos dice que en un tiempo estuvo atormentado por la duda y volvió a ser el creyente más fervoroso. El, que desconfiaba, como si fuese algo imposible al alma que espera en el Señor, se humilla al fin y confiesa que la tierra le dió flores, la roca agua, el simún frescura y el tiem-

po eternidad... He aquí un milagro para los que nada creen y nada esperan. Para los que marchan por la vida con la eterna duda clavada en las entrañas como una sierpe venenosa. Esta es la canción de un gran creyente.

«Se va una tarde más». Esta poesía tiene mucho de oración y es bellísima y delicada. En ella pregunta el poeta: ¿Viviremos mañana?; y al sonar la campana de la oración dice al espíritu con quien habla: «Recuerda al Señor; quien sabe si *su corazón vela* para que no zozobre tu barca» y prosigue: «Verás como a la postre despierta sonriendo, te ampara entre sus brazos y murmura: HIJO MIO...»

«En paz».—El poeta bendice aquí a la vida, a la que dice que nada le debe, que está en paz con ella, porque amó, fué amado y el sol acarició su faz; y, aunque a sus lozanías va a seguir el invierno, la vida no le dijo que fuese eterna la primavera. ¡Dichoso el que, de este modo, ve pasar su existencia y hasta le parece grata, aún hallando largas las noches de sus penas! ¡Feliz mil veces quien se conforma con la suerte que Dios le depara y tiene para ella tan melodiosos versos!

«La Injusticia».—¿Qué tienes? ¿Por qué tiemblas, tu que nunca has sabido temblar? Y el poeta responde: la razón, amiga mia, de mi miedo, es «que hace apenas una hora iba yo a cometer una injusticia»... Y esto para el poeta es mucho más que ver volcarse el oceano sobre los continentes y desquiciarse el planeta y extinguirse en la bóveda infinita la majestad

de las constelaciones... ¡Una injusticia! ¡Ah, que cosa tan pequeña para las almas vulgares y que cosa más grande para un alma excelsa!

«Tanto amor».—Tanto amor hay en el alma del poeta que no queda espacio para el odio. Ah! ¿Podrán decir lo mismo esos críticos malévolos que poseen todo lo contrario: un alma, tan llena de odio, que no les queda espacio para el amor y la bondad? Este poeta no tiene donde poner los rencores, porque en el no hay maldad, pero los que hacen daño tienen sitio sobrado para colocarlos. El no es impasible: todo lo siente, todo lo sufre... pero todo lo olvida, como el niño que, cuando mira un juguete delante de sus ojos, olvida el llanto que le hicieran verter... Y eso es porque el poeta que así nos habla es, sin duda, todo corazón y «ojos no más para asomarse a la ventana y ver pasar el inefable ensueño.»

«Tú».—Aquí nos canta Nervo al Señor que está en todas partes y que el ve, aunque la ciencia engreida no lo vea; y aunque ella lo niegue, el lo proclama. «Por cada hombre que dude, mi alma grita *yo creo*; y con cada fe muerta se agiganta mi fe!» Así lo proclama en sus versos y ellos son tan hermosos, tan fervientes, que son capaces de agigantar la fe ajena, a pesar de la ciencia engreida en no ver nada...

«El castaño no sabe».—Lo mismo que el castaño no sabe como se llama y da su fruto y lo mismo que nadie se fija en la rosa que nació en el desierto y da su aroma, en la imaginación del soñador-poeta

nacieron muchos versos que luego no escribió, pero que pensó lleno de cariño y que, según él, cumplieron—como el árbol, la espiga, el sol y la rosa—prestando su expresión de armonía a la INEFABLE ESENCIA, que es, ha sido y será. Así también pasan por la vida muchas cosas en que no nos fijamos y, que a pesar de ello, cumplen su sagrada misión. ¿Por ventura nos fljamos muchas veces en los pañolitos que dicen «adios»? ¡Cuanto sentimiento hay, por ejemplo, en este poema mudo en que no nos fijamos, como en la rosa que nació en el desierto!

«Substitución».—¡Como han envejecido tus manos!—dice el poeta a Ella. ¿Quien no cantó las manos de la mujer amada? Yo, también como él, he observado «que no hay dolor que en ellas no haya quedado impreso» y que ellas hablan a veces mejor que la cara. Cuantas ternuras, cuantos sentimientos, cuantos reproches dicen unas manos de mujer mejor que todas las palabras de todos los diccionarios. Ya lo dije yo en unos versos de antaño: «la canción que no se canta es la que tiene más voz.»

«*Dos sirenas*».—Dos sirenas que cantan: el amor y el dinero. Esas sirenas son las que a veces nos arrastran al fondo del abismo... ¡El amor y el dinero! Ah! ¡Si tuviéramos el valor suficiente de Ulises! ¡Pero somos tan débiles, tan débiles! Y eso que sabemos que el dinero y el amor es mentira... aunque no podemos prescindir de ambos!

«Si una espina me hiere...»—«me aparto de la espina pero no la aborrezco»—dice el poeta. De las

almas grandes es encaminarse hacia ambientes más puros cuando la envidia les clava su garra. De almas grandes es también pensar así:

¡Rencores! ¡De que sirven! ¡Que logran los rencores!
Ni restañan heridas, ni corrigen el mal.
Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores
y no prodiga savias en pinchos punzadores:
si pasa mi enemigo cerca de mi rosal.

Se llevará las rosas de más sutil esencia,
y si notare en ellas algún rojo vivaz,
¡será el de aquella sangre que su malevolencia
de ayer, vertió, al herirme con encono y violencia
y que el rosal devuelve, trocada en flor de paz!

«Se como la montaña»—dice el poeta, siempre pensando en ideas elevadas. Y asi quisiéramos ser, como la montaña, como la torre, como todo lo alto... pero, ¿como, poeta, si estamos por todas partes rodeados de miserias y de bajas pasiones?

«Extasis».—Como los grandes místicos, siente el poeta que su alma se sume en grandes éxtasis. Y así «nunca se cansan de mirar sus ojos el perpetuo milagro de la vida». Sus canciones, también dijérase que están forjadas en éxtasis maravillosos, cuando ellas le trasladan a las estrellas, cuando escucha de las olas las querellas, cuando halla a la naturaleza más sobrenatural, cuando en su derredor todo es belleza

y con la misma plenitud le encanta
la boca de la madre cuando reza,
que la boca del niño cuando canta!

¡Quiero ser inmortal!—añade luego—¿Y como no ha de serlo si sabe pensar, luchar y amar?

«Yo no tengo impaciencia».—Así nos dice después—porque no aguarda nada... Y así piensa en un momento de pesimismo, en el balcón de su estancia tranquila, con un libro en la mano...

Triste es en verdad no aguardar nada en la vida, pero si nadie turba las aguas del lago dormido de su ser, si no hay afán que le inquiete, si nada quiere ni pide... ¿para qué quiere más? ¿Acaso no es suprema felicidad vivir contento con nuestra suerte?

«La mejor poesia».—Es, en efecto, el silencio, como dice Carlyle. Yo, sin ser tan profundo pensador, dije en viejas estrofas de ayer: «el verso que nunca escribo—ese es mi verso mejor»...

«Soledad».—«Yo he sorbido todos tus éxtasis»—dice a la soledad, Nervo. Y a eso debe sin duda la intensidad de su labor. Porque en la soledad es donde se forjan las grandes almas y en la soledad es donde se funden las grandes obras. Ella le ha inspirado estos versos maravillosos, que valen más que muchos largos poemas:

Soledad, yo conozco tus amarguras
también: ¡tus amarguras, en cuyo fondo
hay siempre inesperadas gotas de miel!

Soledad, yo he bebido todos tus goces...
Soledad muda y sabia, tu a Dios conoces:
¡llévame a El!

«Colaboración». — Dios necesita de ti — dice el poeta;—préstale su colaboración. Tal es la síntesis

de esta poesía, en la que hay pensamientos tan hermosos como este:

«Ayúdale! ¡Si vieras que bello es el programa
celeste! ¡que estupendos y prodigiosos los
trazos del arquitecto! ¡que inmenso el panorama!
¡Labora y ama
con Dios!

Tales son las poesias que más me agradan de «Elevación», exquisito libro para espíritus selectos, que termina así:

«AMEN. — Lector: Este libro sin retórica, sin «procedimiento», sin técnica, sin literatura, sólo quiso una cosa: elevar tu espíritu. Dichoso yo si lo he logrado.»

Sí, lo has logrado, poeta, y has triunfado con él y con todas tus obras admirables, llenas de galanuras; y si a veces, desde la cumbre de la inspiración, donde te elevaste, descendiste a este bajo mundo de las pasiones y de las miserias, tornaste arriba sin manchar tus potentes alas: porque el poeta—como Pierre Loti dijo a Shakespeare—es el ser privilegiado que puede desde las nubes bajar a la tierra sin mancharse en ella.

FIN

OBRAS DE EDUARDO DE ORY

POESÍAS

Aires de Andalucía.—Cádiz: Imp. M. Alvarez.—Agotada.
Laureles Rosas.—Cádiz: Imp. M. Alvarez.—Agotada.
El Pájaro azul.—París: Librería Hispano-Americana.
La Primavera canta.—París: Librería Hispano-Americana.
Sonetos.—Zaragoza: Santamaría Hnos., editores.—Agotada.
Mariposas de oro.—París: Garnier Hnos., editores.
Alma de luz.—París: Garnier Hnos., editores.
Lo que dicen las campanas.—Cádiz: Imp. M. Alvarez.
Caravana de ensueños.—Valencia: «Bib. Americanista».
Hacia las cumbres...—Cádiz: Ed. «España y América».

ANTOLOGÍAS

La Musa Nueva.—(Poetas españoles modernos).—Zaragoza: C. Gasca, Editor.
Parnaso Colombiano.—Cádiz: Ed. «España y América».

PROSA

Gómez Carrillo.—(Estudio de Psicología literaria).—París: Imp. de P. Muillot.—Agotada.
Desfile de Almas.—(Sensaciones).—Cádiz: Imp. M. Alvarez.
Manuel Reina.—(Estudio biográfico).—Cádiz: Ed. «España y América».
Rubén Darío.—(Al márgen de su vida y de su muerte).—Cádiz: Ed. «España y América».
Amado Nervo.—(Estudio biográfico).—Cádiz: Ed. «España y América».